

La Espera

Año V Núm. 214

Precio: 60 cénts.



NOLI ME TANGERE, cuadro de Correggio, que se conserva en el Museo del Prado

Si su Cutis está seco, la
Crema
'Hazeline'

(Marca de Fábrica)

lo pondrá tan suave y
 terso como el de un niño.
 Las arrugas son causadas
 por la sequedad.

S.P.P. 1362

Se vende en tarros y tubos en
 todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome & Cia.
 Londres

Los que prefieren un hermoseador
 más graso deben usar "Nieve
 Hazeline"

All Rights Reserved



El destino fatal es irresistible
 no quisó que tuvieras hermosura:
 Burlarás esa ley incomprendible
 cuando pruebes el agua PECA-CURA.
 Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua
 cutánea, 5.—Canela, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pe-
 setas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

RAMOS



Últimos modelos en
 postizos fantasía. La-
 vado y ondulación
 Marcel en casa y á
 domicilio. Teléfono
 3.513.

Huertas, 7, Madrid

OBRA NUEVA

Como los pájaros de bronce

NOVELA

DE
 JOSÉ FRANCÉS
 Editorial Renacimiento 3,50 ptas.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Re-
 vista. Diríjanse á esta Adminis-
 tración, Hermosilla, 57

Fruta laxante refrescante
 contra el
ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
 Embarazo gástrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
 y en todas las farmacias



El rifle
 moderno
 de repetición
 calibre .22

UN rifle moderno
 de repetición
 calibre .22 debe com-
 binar la exactitud con la
 conveniencia y seguridad.

El repetidor Remington UMC tiene
 recámara sólida, martillo oculto, se
 desarma facilmente, y dispara con una
 precisión infalible. Examíñese uno en la
 tienda más cercana o pídasenos
 el catálogo descriptivo.

REMINGTON ARMS UMC CO.
 233 Broadway
 New York

Expededores para España
 UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS
 Villa Nueva 11
 Madrid

Remington
 UMC

A5

UNDERWOOD



Campeón

de las
 Máquinas de escribir

G. TRÜNIGER Y C.º
 Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
 CASA SUIZA

Yo estoy convencido
 DE QUE LA
COPROBALINA,

es el único tratamiento racio-
 nal e higiénico del estreñimiento
 y el mejor regulador de las fun-
 ciones intestinales.

PRODUCTO EXCLUSIVAMENTE VEGETAL
 J. BOLÍVAR, Farmacéutico
 Precio: 3 pesetas

Correo, 20.-BILBAO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado
 especialmente para "LA ESFERA" por

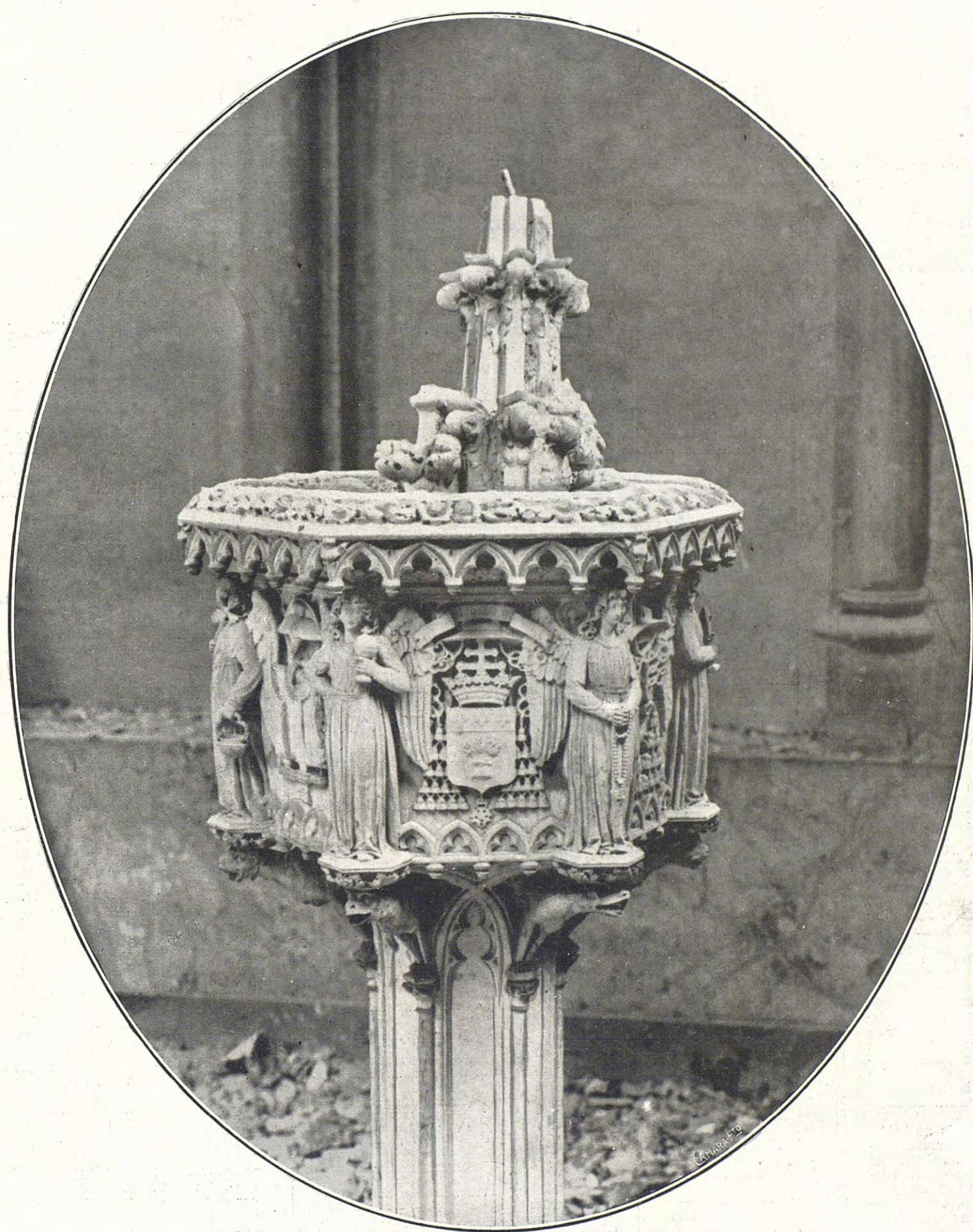
LA PAPELERA ESPAÑOLA

La Esfera

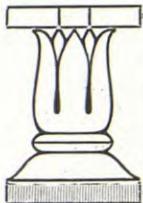
Año V.—Núm. 214

2 de Febrero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



Las ruinas de la catedral de Reims.—Pila bautismal, de gran mérito artístico, sobre la cual quedó empotrado un trozo arquitectónico de la bóveda.



DE LA VIDA QUE PASA EL AUTOR EN LOS ESTRENOS

NOCHES pasadas se celebró la primera representación de una comedia muy discreta y, en más de un momento, muy interesante, pero que no obtuvo la totalidad del sufragio en las alabanzas.

El autor, que se dió cuenta cabal de la diversidad de pareceres del público, salió, sin embargo, á escena, hostigado por los actores; pero no á hacer reverencias de gratitud, sino gestos de disculpa por su propia mala ventura al no lograr el indudable deseo de complacer á todos y en mayor medida de la que aquella noche consiguió.

Ahora bien... cuando el éxito no es total y rotundo, ¿debe el autor salir á escena, incluso contra su misma voluntad?

A primera vista parece fácil la respuesta, decidiéndose por la negativa; pero, examinando con calma los factores complejos que se mueven en la noche del estreno, ya no resulta la contestación tan clara y definitiva. Con el criterio actual de considerar fracasadas las obras en que el autor no sale á escena, cuando no se llega al éxito, pero se salva del fracaso, es evidente que se debe salir, pues de lo contrario la obra no se hunde por la obra, sino por la ausencia del autor en el escenario. Es un absurdo, pero es una realidad.

En los éxitos frances y en las caídas absolutas no hay cuestión; pero... ¿y cuando la obra va bien, é incluso va con aplauso en muchos pasajes, y en otros pesa ó enoja?... Entonces... ¿qué? Cuando diez aplauden y uno sisea... ¿qué? Cuando hubo rumores desagradables durante el acto, y al final aplauden... ¿qué? ¿Qué se hace en esos casos?

¿Cuestión de epidemias en el autor? No basta. En contra de la delicadeza y de la amargura que el autor siente hondamente en esos minutos, está el interés de la obra, el interés de los actores y los intereses de la Empresa, que se aúnan para persuadir moralmente y para empujar materialmente al autor hacia el escenario.

Además no hablamos, por sobradamente sabido, del conglomerado del público en la noche del estreno, con los estrenistas profesionales, y después los amigos y los enemigos del actor, del

empresario, del autor y del teatro mismo—que las obras varían en el juicio que merecen con sólo variar el local en que se representan—, y á éstos añadimos los reventadores clásicos, que no aplauden si va bien y vociferan, aúllan y protestan si va mal, aprovechando, gozosos, el menor tropiezo...

Con todo ello junto, y con los pequeños rencores aislados que acuden á cobrarse en silbidos los agravios que tienen... ó creen tener... ¿debe el autor salir á escena?

En mi opinión, no. Rotundamente, no.

Y si mis compañeros estuvieran conformes con esta supresión radical de las ridículas reverencias, que á nada conducen y que tanto perjudican, yo la admitiría encantado.

Yo, de mí, puedo decir que, aun en las noches teatrales de mayor fortuna, no he salido á escena complacido y satisfecho, pues siempre tuve y tengo el justificadísimo temor de que uno amarre la alegría que dan otros.

Y es tan fácil—¡tan fácil!—, que yo puedo asegurar que no he visto ningún estreno, en absoluto, ninguno, sin ver al mismo tiempo alguien que no se abstuviera de aplaudir ó que no pusiera cátedra explicando las imbecilidades de la obra que se representaba...

Si esto es costumbre, con razón ó sin razón, de que se haga con todas las obras... ¡calculen ustedes lo que harán y lo que dirán con aquellas pobrecitas obras, como las mías, que tantos motivos dan para ser censuradas acremente!

Es mucho problema el complacer á todos... y más problema todavía el complacer á los que van con el propósito firme de que nada les guste...

Y como van, y no se puede impedir que vayan, es absurdo someterse á sabiendas al fallo de lo injusto y de lo interesado.

Que juzguen la obra... ¡bueno!, para eso la damos al público, y á su decisión nos sometemos. Lo que no damos, ni debemos dar, es nuestra persona.

Y de cien veces, noventa, hay complacencia en hundir la obra, no por mala, sino por ser de Fulano ó de Mengano, y en alguna ocasión ya se dió el caso de poner pasquines en las esquinas animando al pateo: «Vamos á patear tal estreno, que es de Fulano...»

Aún no conocían la comedia... pero eso era lo de menos, y lo que importaba era el odio á la persona.

Mis compañeros dirán... si es que se animan á decir.

Y yo haré en lo sucesivo lo que ellos acuerden, aunque mi voto, mi gusto y la lógica nos aconsejen á todos el evitarnos tan fácilmente esos sinsabores...

Y con eso, además, nos evitaríamos la torpeza consciente y antiartística de hacer obras para una noche y pensando únicamente en la del estreno...

Manuel LINARES RIVAS



Dietario sentimental

*Perdonadme, hijos míos, si os dí esta adolorida existencia en un ciego minuto de placer.
¡Acaso presentáis el dolor de la vida cuando llorabais, al nacer!*

...

*Era en mi primavera; florecían las rosas y soñaba con el laurel.
En la armonía de las cosas libaba mi lírica miel.*

...

Yo amé la estrofa eterna de amor, del Universo, á la flor y la estrella y la mujer; la inquietud de mi vida, la emoción de mi verso, erais vosotros, que queríais ser...

...

Fué una sed de infinito y de belleza la que encendía mi canción; pero hoy siento la vida y la amarga pobreza como una losa sobre el corazón.

...

Nada puedo brindaros de cuanto soñé, pobre funámbulo del ideal: el oro de mi ensueño se ha convertido en cobre

iy el hambre acecha siempre en el umbral!

...

Yo quisiera que fuese vuestra senda florida y que nunca gustaseis la cícuta y la hiel; que fueseis vencedores del Dragón de la vida y que también amaseis las rosas y el laurel.

...

Y que sintieseis la inquietud del verso ebrios de melodía y de emoción, que escuchaseis el ritmo cordial del Universo en la caja de música de vuestro corazón.

...

Que os gustase volar y cantar y soñar y las rosas mejor que las espigas, que, mirando al azul, no vieseis caminar, á ras de tierra, á las hormigas.

...

Perdonadme, hijos míos, si os traje á esta podrida vieja bola del mundo, por mi propio placer. Vosotros presentáis la angustia de la vida y por eso llorabais al nacer.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

Emilio CARRÉRE



LOS TESOROS DEL MAR

De "Mare nostrum", la nueva obra del eminente novelista V. Blasco Ibáñez, que aparecerá en volumen dentro de algunos días, extraemos los siguientes fragmentos inéditos, pertenecientes a un capítulo, en el que se describen, de un modo magistral, la vida y las riquezas de los mares.



El fondo del Océano, desierto monótono de barro ó de arena producto de un sedimento de centenares de siglos, ofrecía de tarde en tarde un oasis de extraña vegetación. Estos bosques surgían como manchas de vida allí donde el encuentro de las corrientes superficiales hacia llover un maná de diminutos cadáveres. Las plantas retorcidas y calcáreas, duras como la piedra, no eran plantas: eran animales. Sus hojas, tentáculos inertes y traidores, se encogían de pronto. Sus flores, bocas ávidas, se inclinaban sobre la presa, sorbiéndolas por sus ventosas glotonas.

Una luz fantástica atravesaba con ráfagas multicolores este mundo de absoluta lobreguez. Era luz animal, producida por los organismos vivientes.

En los abismos abisales resultaban muy contados los seres ciegos, contra la opinión del vulgo que se los imagina á casi todos faltos de ojos por su lejanía del sol. Los filamentos de los árboles carnívoros eran guirnaldas de lámparas; los ojos de los animales cazadores, globos eléctricos; las insignificantes bacterias, glándulas fotógenas, y todos ellos abrían ó cerraban sus comutadores fosforescentes según la necesidad del momento, unas veces para perseguir y devorar, otras para mantenerse disimulados en las tinieblas.

Los animales-plantas, inmóviles como estrellas, rodeaban de un círculo de rayos sus bocas feroces, y los seres minúsculos se sentían empujados irresistiblemente hacia ellos, lo mismo que las mariposas vuelan hacia la lámpara y los pájaros de mar chocan con el faro.

Ninguna de las luces de la tierra podía compararse con las del mundo abisal. Todos los fuegos de artificio palidecían ante las variedades del fulgor orgánico.

Las ramas vivientes del polípero, los ojos de las bestias, hasta el barro sembrado de puntos brillantes, emitían chorros fosfóricos, haces de chispas cuyos resplandores se abrían y cerraban incesantemente. Y estas luces iban pasando en su gradación por los más diversos colores: violeta, púrpura, rojo anaranjado, azul y, sobre todo, verde. Los pulpos gigantescos se iluminaban al percibir la proximidad de una víctima, como soles lívidos, moviendo sus brazos de mortífero tirón.

Todos los seres abisales tenían el órgano de la vista enormemente desarrollado para poder captar hasta los más débiles rayos de luz. Muchos eran de ojos salientes y enormes. Otros los tenían despegados del cuerpo, al final de dos tentáculos cilíndricos como telescopios.

Los que eran ciegos y no producían resplandor, compensaban esta inferioridad con el desarrollo de los órganos táctiles. Sus antenas y nadaderas se prolongaban desmesuradamente en la oscuridad. Los filamentos de su cuerpo, largos pelos ricos en terminaciones nerviosas, dis-

tinguían instantáneamente la presa apetecida ó el enemigo en acecho.

co

Viviendo en abismos donde la luz no penetra nunca, los animales pelágicos ignoraban la necesidad de ser transparentes ó azules como los seres neríticos de la superficie. Unos eran opacos e incoloros; otros, bronceados y negros; los más se revestían con tintas soberbias, cuyo esplendor desesperaba á los pinceles humanos, incapaces de imitarlas. Un rojo magnífico era base de esta coloración, descendiendo gradualmente al rosa pálido, al violeta, al ámbar, hasta perderse en el lácteo iris de las perlas y la policromía temblona y vagarosa del nácar de los moluscos. Los ojos de ciertos peces, colocados al final de varillas separadas del cuerpo, brillaban como diamantes en los extremos de un doble alfiler. Las glándulas salientes, las verrugas, las sinuosidades dorsales, tomaban coloraciones de joyería.

Pero las piedras preciosas de la tierra son minerales muertos que necesitan el rayo de luz para existir, con breve chisporroteo. Las alhajas animadas del Océano, peces y corales, brillaban con colores propios que eran reflejos de su vitalidad. Su verde, su rosado, su amarillo intenso, sus iris metálicos, tintas jugosas eternamente barnizadas por un charol húmedo, no podían subsistir en el mundo atmosférico.

Algunos de estos seres eran capaces de un

poderoso mimetismo que les hacía confundirse con los objetos inanimados ó pasar en pocos momentos por toda la gama de colores. Unos, de nerviosa actividad, se inmovilizaban y encogían llenándose de rugosidades, tomando el tono oscuro de las rocas. Otros, en momentos de irritación ó de fiebre amorosa, se cubrían de rayas y temblonas manchas, extendiéndose por su epidermis nubes diversas con cada uno de sus estremecimientos. Las sepías y calamares, al verse perseguidos, se hacían invisibles dentro de una nube, lo mismo que los encantadores de los libros de caballerías, enturbiando el agua con la tinta almacenada en sus glándulas.

ooo

La inmensa masa acuática—tres veces más salada que al nacer el planeta, á causa de una evaporación milenaria que había disminuido el líquido sin absorber sus componentes—guardaba, revueltas con sus cloruros, el cobre, el níquel, el hierro, el cinc, el plomo, y hasta el oro procedente de los filones que la ebullición planetaria aglomeró en el fondo oceánico, y de cuya masa no son más que insignificantes tentáculos los filones de las montañas, con sus arenas auríferas arrastradas por los ríos.

También la plata estaba disuelta en sus aguas. Ferragut sabía, por ciertos cálculos, que con la plata flotante en el Océano podían levantarse pirámides más grandes que las de Egipto.

Los hombres que habían pensado en la explotación de estas riquezas minerales desistían de su quimera. Estaban tan diluidas, que era imposible su aprovechamiento. Los seres oceánicos sabían reconocer mejor su presencia, filtrándolas á través de su cuerpo para la renovación y coloración de sus órganos. El cobre lo acumulaban en su sangre; el oro y la plata se descubrían en los tejidos de los animales-plantas; el fósforo era absorbido por las esponjas, el plomo y el cinc por los fucus.

Todos podían extraer del agua los residuos de unos metales disueltos en fragmentos tan imponentemente pequeños que ningún procedimiento químico alcanzaba á captarlos. Los carbonatos de cal, arrastrados por los ríos ó arrancados á las costas, servían á innumerables especies para la construcción de sus caparazones, esqueletos, conchas y caracolas. Los corales, filtrando el agua á través de sus cuerpos blanduchos y mucosos, solidificaban sus duros esqueletos, para convertirse al final en islas habitables.

Los seres, de una diversidad desconcertante, que flotaban, rampaban ó coleaban en torno de Ferragut, no eran más que agua oceánica. Los peces, agua hecha carne; los animales mucosos, agua en estado de gelatina; los crustáceos y los políperos, agua transformada en piedra.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



"Los tesoros del mar", cuadro de Cornelio Van Poelenburg, que se conserva en la Galería Borghese, de Roma

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LOS CUATRO EVANGELISTAS, cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado

LA ESFERA
ESCUELA FRANCESA

LOS MÁS BELLOS CUADROS DEL MUSEO DEL LOUVRE

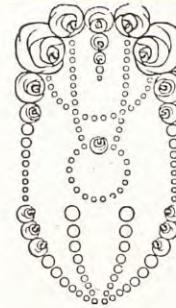
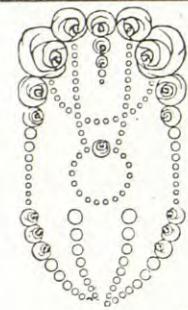


RETRATO DE MADAME VIGÉE-LE-BRUN Y DE SU HIJA
por madame Elisabeth-Louise Vigée-Le-Brun

Isabel-Luisa Vigée-Le-Brun (1755-1842) fué discípula de Greuze y de Vernet. Por su talento, esta artista perteneció al reinado de Luis XVI, y se formó con pacientes estudios, durante numerosos y largos viajes por Italia y por Inglaterra. De Greuze, tiene madame Vigée-Le-Brun la ternura y la gracia ingenua. De Vernet, la fuerza en la expresión. Su obra maestra es este autorretrato, en el que aparece con su hija entre los brazos. La obra tiene el encanto inefable y frágil de aquella hora, al par intelectual y sentimental, que como una aurora de rosa precedió al drama de sangre y de fuego que fué la Revolución

MIRANDO AL PASADO

PROCESIÓN GENERAL



A hora muy temprana de una desapacible mañana del mes de Enero de 1784, por los portales de Platerías bajaban, departiendo con afabilidad extrema, dos mujeres y un hombre, á cuyo prócer continente unían las galas de sus vestiduras.

Dichos personajes, sobradamente conocidos por los madrileños de campanillas, éranse nada menos que un insigne galeno del Hospital General, la santa y respetable doña Narcisa, viuda de cierto consejero, y su única hija, Serafinita, linda «petimetra» tan á la pata la llana como la madre.

Ibale diciendo el médico á la ilustre amiga y compañera en el arte de partear, cómo el aventajado profesor don Francisco Sánchez había amputado una pierna á un jovencito que en la casa benéfica penó durante cinco meses, logrando un resultado excelente, como el que poco antes obtuviera Maldonado, tío del aplicado estudiante por quien Serafinita suspirara amores, no obstante la amenaza de llevar á aquél castigado á los frailes de Sevilla, por echárselas de hombre antes de tiempo. De sobra reconocía doña Narcisa que el consejero no fué tan guapo como su futuro yerno y, sin embargo, se enamoró de él como una loca; pero deber suyo era sacar á Serafinita los demonios del cuerpo y proporcionarle un buen esposo de la madera del que á la sazón las acompañaba.

Cuantas personas transitaban por la calle Mayor, que eran muchas y muy puestas de tiros largos, no extrañábanse lo más mínimo de ver á semejante hora aquellas tres figuras con el cofre á cuestas, puesto que ellas también encaminaban sus pasos al mismo lugar, no sin detenerse unos instantes á leer el bando fijado en las esquinas, por el que se obligaba á los taberneros de esta corte á vender el cuartillo de vino de medida mayor á nueve cuartos, y á seis el de menor.

Erase el día de San Fabián y San Sebastián, fecha memorable en que se celebraba la procesión general, que salía de Santa María la Real de la Almudena, y á la cual concurrían el cabildo y los religiosos de todas las órdenes.

El doctor enteraba á la consejera del origen de esta suntuosa festividad, que al pie de la letra rezaba del siguiente modo: «En el año de 1438,



con motivo de una peste que asolaba al vecindario, la villa de Madrid hizo voto de ayunar la víspera de San Fabián y celebrar misa solemne á otro día. Voto que se hizo público en la iglesia de San Andrés, á 20 de Abril del precitado año. Y en aquel día llevábase á efecto la procesión general, que un año hacía estación en Santiago y otra en San Sebastián, cuya ermita alzábase donde hoy la plaza de Antón Martín.»

En la fecha á que este artículo se refiere, correspondía hacer estación en San Sebastián; pero en vista del viento húracanado, que aquella mañana llevabá por los aires tejas y pizarras, á punto de las nueve se dirigió derechamente á Santiago la comitiva, en la que figuraban los duque de Aliaga, Uceda y Osuna; los condes de Hust y de la Peralada; los marqueses de Cervera y Castellar, y, entre otros muchos, Antonio de Pamánes, Zulaica, Gómez de Rozas, Pérez y Velázquez, Oriosolo, Zaracandegui, Mota, Triñano y Legarraga.

Sin que nos lo cuente ningún periódico de la época—como alguien pudiera imaginar—, nosotros sabemos de coro que en Santiago se celebró misa cantada y que predicó el Padre Hi-

pólito de la Purificación, calificador del Santo Oficio y profesor en las Escuelas Pías de Lavapiés.

Y nos consta, porque así lo asegura la voz del pasado, que no miénite, que á la salida corrió la noticia alarmante de que el vendaval no sólo había arrancado y tronchado los árboles del Prado, sino también la cruz de la torre del Carmen Calzado, cuya bola pesaba doce arrobas. Bajando las gradas del templo, doña Narcisa decía al doctor:

—Quiera el cielo que esto pase pronto y nos permita saludar á doña Francisca de la Cueva, antes de ser testigos en la toma de posesión del priorato de Santo Domingo el Real.

Por fortuna, el temporal amainó, y á la tarde los tres personajes volvieronse á encontrar en la morada de ellas, donde, á la luz de los velones, paladearon un chocolate con panales y agua de nieve.

Después del sonusco, la dueña de la casa, teñido el rostro con los afeites que la proporcionaba un amigo droguero, y rigamente «entoldada» — como ella decía—, sacaba de la faltriquera la críta de plata y ofrecía un polvo al galeno, quien al primer estornudo escuchaba el divino *Dominus tecum*, pronunciado á dúo por madre e hija. Y repetía ésta la consabida cantilena:

—Yo no guardo tiquezas, señor doctor, pero sí buena educación. Yo oigo misa entera todos los días, rezo el Rosario todas las noches y el trisagio tres veces á la semana.

Lo que no confesaba Serafinita era su afición á las tonadas que aprendía con la primera dama del corral del Príncipe, en cuyo coliseo, la viuda y la niña aplaudían la obras de Calderón de la Barca, interpretadas excelentemente por la compañía de Rivera, donde trabajaban la Figueiras, la Rochel, la Pulpillo, Briñoli, Palomino, Puchol y Espejo.

¡Noches del Príncipe y de la Cruz! Noches de leyenda, tenebrosas, de espanto, en que por las calles dormidas cruzaban las dos mujeres, huendo de ser descubiertas á la luz de las linternas y los hachones de viento, que semejaban un conciliáculo de brujas.

ANTONIO VELASCO ZAZO

EL SIGLO DE LAS CAPAS



Fué realmente el siglo xvii aquel donde tuvo la capa española más gallarda supremacia y más múltiple variedad. Ornaban con ella sus ricos indumentos los nobles, tapaban sus lacerías los mendigos, completaban la grave presencia de los alcaldes, llameaban en los revueltos toreriles y daban momentáneo claror entre la gris muchedumbre las capas blancas de los guardias de Corps... Hallamos la ringla de capas pardas, andrajosas, á la puerta de los conventos esperando la «sopa boba»; en los barrios bajos, los mozos que hizo hablar D. Ramón de la Cruz, la enrollan al brazo izquierdo para luchar á usanza jaque, ó la tienden en el suelo para que la pisen los pies menudos de una manola; delante de una

reja florida de claveles y plateada de luna, un embozado engaña, y engaña con las eternas mentiras; en la Plaza, envuelto en su capa roja, Romero sorteó los cuernos del toro, como en un aguafuerte de Goya, el inmortal... Aún había de prolongar su imperio la capa española en los días románticos que comenzaron el siglo xix. Se piensa en Larra, en Espronceda, en los contertulios de aquel primitivo café de Levante, cuya muestra pintó Alenza. Pero ya en nuestro siglo, axensual y demasiado europeizado (en el sentido de la desnacionalización característica), la capa española ha desaparecido. Los jóvenes de gabáa con cinturón no son capaces de comprenderla.

DIBUJO DE MARÍN

TIERRAS DEL EBRO
MORADAS HISTÓRICAS

La villa de Ábalos, antiguo señorío de los duques de Frías, está perezosamente dormida en la mañana otoñal. Desde el abierto balcón de la biblioteca de este austero palacio, inundado de sol, se ve la fronda dorada de los álamos y las tierras cojor de ocre, y allá, más lejos, sobre la neblina del Ebro, la sierra de Cameros, con las cumbres nevadas y brillantes, destacándose sobre el azul transparente del cielo. Dentro y fuera el mismo silencio, grave y fecundo. La estancia es amplia y severa. El sol dibuja sobre los rojos ladrillos un rectángulo de luz y difunde una amable claridad sobre los libros empolvados por los siglos y las blancas paredes, de donde cuelgan ingenuas mapas y antiguas litografías...

Yo tengo en mis manos un tomo de poesías de Fray Luis de León, y leyendo la dedicatoria que de sus obras hizo á D. Pedro Portocarrero, me encuentro con que el maestro habla de conocer los *juicios errados* de las gentes de su época y de «las artes y mañas de la ambición y del estudio del interés propio y de la presunción ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas y se enseñorean agora de nuestros tiempos». Palabras muy actuales y cuyo sentido se pierde un poco en la voluptuosa calma de la mañana; porque aquí, como en la inmortal composición del lírico agustino:

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea,
con un manso ruído,
que del oro y el cetro pone olvido.

... Va mediando la mañana, y en el jardín dieciochesco de mirtos y rosas suenan claras risas juveniles. Yo abandono la lectura y salgo al balcón; abajo, en un amable juego de línea y de color, unas muchachas gentiles cortan las últimas flores del año. Y este momento, en esta casa de grandes y sobrias salas, de corredores sombríos, de viejos cuadros inquietantes, con su amplia solana donde los hidalgos pretéritos salían á tomar el sol y á leer los clásicos, es en la dorada decadencia del otoño de una penetrante y graciosa melancolía... Las muchachas ríen y los pájaros cantan, y una fuente dice su estribillo melodioso y monótono; pero aquí dentro están los libros llenos de un hondo sentido eterno, y, enfrente, las sombras pardas y las encinas solitarias...

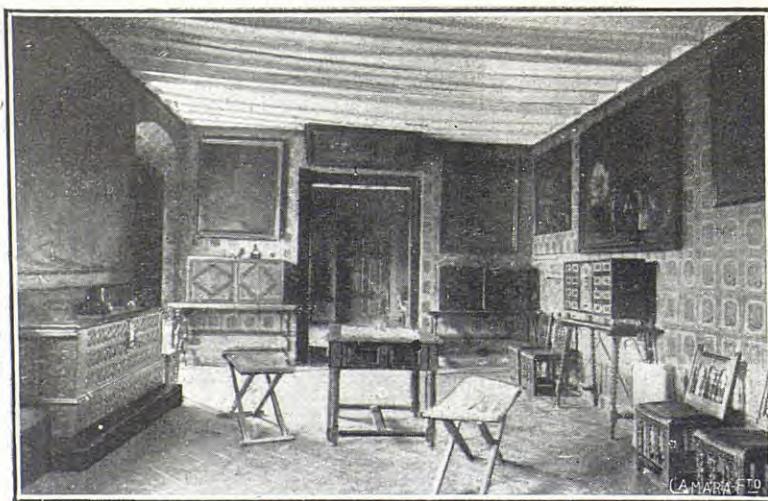
A la tarde hemos de ir por esos caminos que orillan los viñedos, pasan al lado de alguna ermita y descienden hacia el Ebro. El sol se ocultará detrás de las nevadas cresterías, y los montes lejanos se tornarán violeta. Y cuando ya, con las sombras de la noche, entremos en la villa al mismo tiempo que el labrador que conduce la yunta de sus mulas y el pastor que guía el blanco rebaño, la campana parroquial lanzará gravemente sus notas profundas y piadosas, y de una vieja casa de historiada



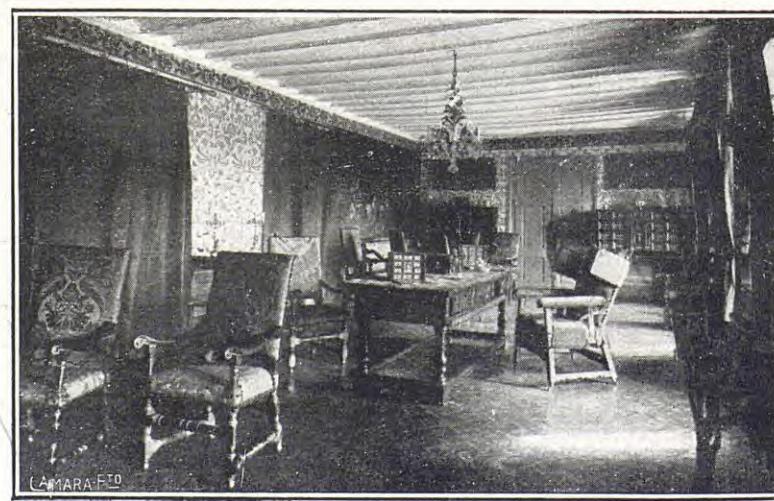
Una casa de la villa de Ábalos



Palacio del marqués de Legarda



Vestíbulo y salón del palacio del marqués de Legarda



FOTS. MURO

piedra de armas, hoy convertida en bodega, saldrá el coro perezoso de los mozos que pisán la uva en el lagar.

□□□

Ábalos es cuna de muchos linajes esclavidos. Los humildes aldeanos de hoy habitan las moradas blasonadas de antaño, y los hidalgos que probaban sus apellidos para entrar en la Compañía de Caballeros ballesteros de la villa, labran ahora sus tierras y cogen la uva en el otoño y suben los caminos de la sierra para traer leña á sus hogares...

La casa de que vengo hablando, propiedad del señor marqués de Legarda, es de la época del Renacimiento. De líneas frías y severas, sin filigranas platerescas ni frondosidades barrocas, sino con la sequedad herreriana, es la morada de un prócer que, harto de glorias mundanas, se hubiese retirado á aquellas soledades lleno de señorial misantropía.

Fué á principios del siglo xviii cuando don Francisco Antonio Ramírez de la Piscina, presidente del Consejo Supremo de la Inquisición, amplió aquel palacio de sus mayores para pasar en él los últimos días de su vida, fundando un vínculo á favor de su sobrina, doña Catalina Ramírez de la Piscina, casada con D. Martín Fernández de Navarrete.

Estos Ramírez de la Piscina son una familia muy ramificada por toda la región y descendientes del infante D. Ramiro de Navarra, rey sin trono y caballero de la Fe en tierras de Jerusalén, y á quien una tradición bastante nebulosa supone casado con una de las hijas del Cid.

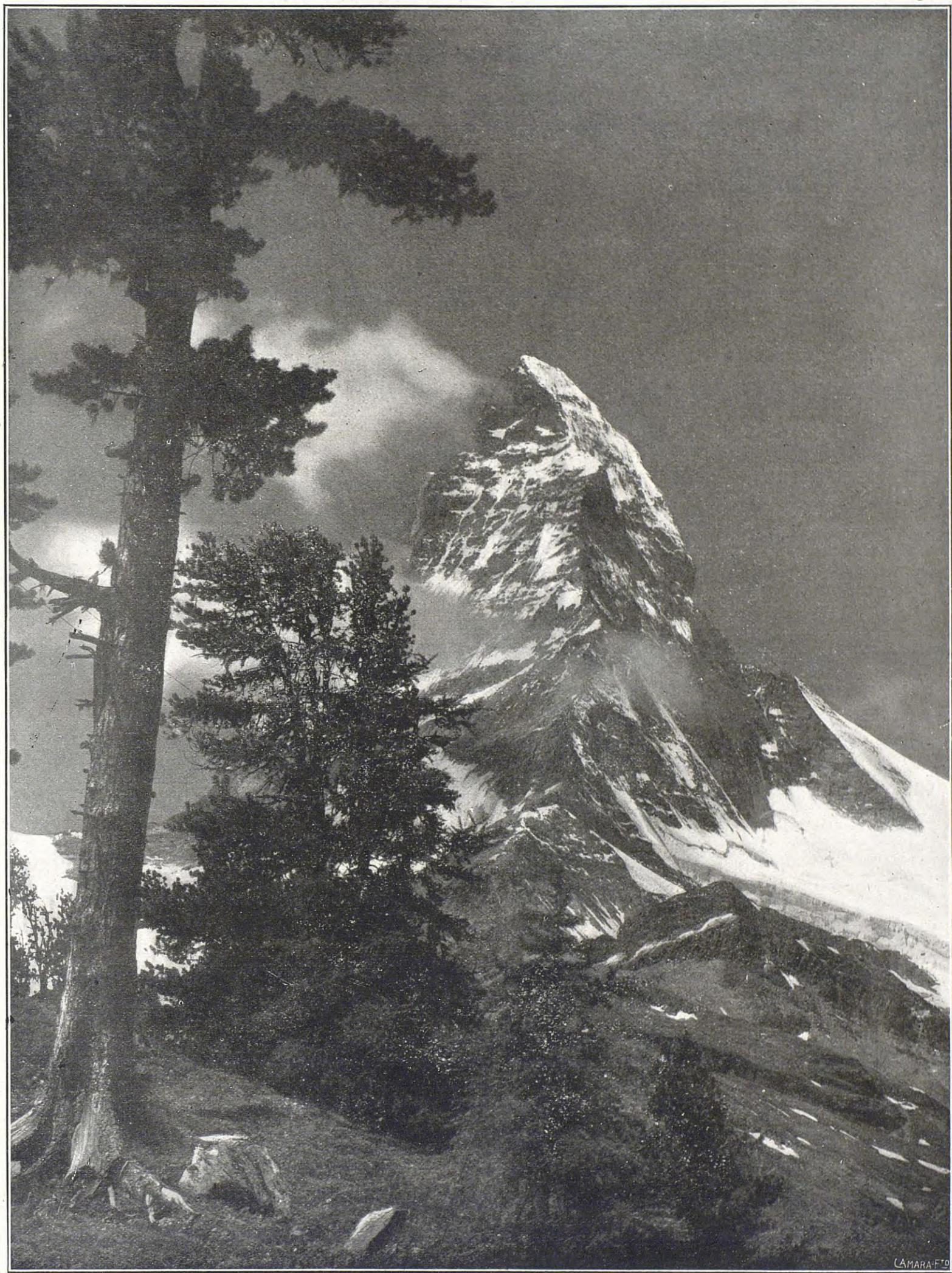
En la fachada principal de la casa hay dos pequeños escudos con las armas de este ilustre linaje del fundador. Y esta es la única nota ornamental que se ofrece á la vista en la masa de la sillería, ennegrecida por el tiempo. La construcción es sólida, llevada á cabo con esa preocupación de eternizar lo tradicional á través del tiempo y de los hombres. Y todo, en el interior como en el exterior, está presidido por la misma idea obsesiónante de vínculo, de duración. Los sillones de cuero, los pesados y labrados arcones, las rojas colgaduras que parecen conservar las arrugas remotas, nos hablan de una raza vigorosa y ascética, de la vida fuerte de aquellos hombres, soberbios y piadosos, que miran desde los fondos sombríos de los retratos.

Los tiempos cambiaron; la moral de los individuos y de los pueblos es muy diferente á la de aquel entonces; el arte lleva derroteros muy distintos, y, sin embargo, estos palacios, con su aroma del pasado, tan íntegro y tan intenso, siempre serán lugar de peregrinación de los enamorados de la belleza.

CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

LA ESFERA

PANORAMAS DE SUIZA



El monte Corvino, de Zürich

FOTS. A. G. WHERLI



EL HADA DE LA NIEVE

A YER vi á Gabriel, Carmela...—le dijo de súbito Niñí á la cantaora, entrando en su cuarto. —¿A mi Grabié?—respondió la gitana pálidamente bajo el colorete y suspendiendo los toques y retoques que daba en aquel momento á su saladísima cara.

—Sí. A tu Gabriel—repitió Niñí con aplomo.

—¿Dónde has visto... á ese perdío?—balbuceaba Carmela pugnando entre disimular y manifestar su interés.

—En la Moncloa... Está pintando por allí. Me enseño unos apuntes magníficos, chica. Va á hacer un gran cuadro...

—¡Yo se lo voy á estropear! ¡Por estas cruses! Pero, ¿cuando ha venido esa mala cabeza? ¿No te lo dije?...

—Ayer mismo. Pero no te pongas trágica, hija—replicó Niñí, riendo.

—¿Yo? A esa bala perdié... nadie la para en seco más que la hija de mi mare. ¿Dises que en la Moncloa? ¡Mañana sardrá er só!—Y no hablaron más Niñí, la gentil acróbatas, y Carmela, «la cantaora».

Acabó la morenaza gitana de cantar sus canciones; aún la llamaba su público con estruendosos aplausos, y ya estaba ella delante del espejo quitándose furiosamente el colorete y el negro de las ojeras, canturreando con odio feroz, mientras temblaba una lágrima en las sombrías pestanas:

«Le temo á la muerte,
¡porque toa la vida me parese poca
para aborrescete!»

Y cayó, ocultando el gitano rostro entre las manos, sobre un diván, saboreando de antemano su venganza... ¡Le arrancaría el corazón con las uñas y clavaría en él el alfiler de oro de su moño! «¡Mardesio pintorsete!»

Y aquella noche se durmió pensando en la tragedia que alumbraría el nuevo día. Pero no soñó dramas de odio y sangrientas tragedias su alma vengativa. Soñaba el ciego que veía y Carmela que tenía en sus brazos á «su Grabié», juntándole que ya había olvidado á aquella artista

con la que se fugó á Italia, que sólo á ella la quería como en los días venturosos de su carmen granadino y cantándole bajito al oído, para que sólo ella oyera, la famosa seguidilla gitana que tanto poder tenía para domarla:

«Fraguas, yunque y martillos
funden los metales;
¡pero este cariño que yo á ti te tengo,
no lo rompe nadie!»

Despertó cuando sus bocas se unían en sueños... y copioso llanto de despecho fluyó de sus ojos. ¡Ah! «Su Grabié» no estaba allí, á su lado, en aquel tibio nido de amores... Andaba, ¡Dios sabe con quién y cómo!, por la Moncloa pintando lienzos. ¡Ahora le había dado el arrechuchó por trabajar, á aquella mala cabeza!—«¡Mardita sea su arma!»—Vistiéso en un momento y, rechazando el desayuno, se echó á la calle.

¡Oh, sorpresa gratísima! Estaba nevando...

Carmela se paró un momento para contemplar el bello y simbólico espectáculo, tan acorde con el estado de su alma... Subió al primer tranvía que pasó, y de pie en la plataforma veía que, por dondequiera que pasaba, la nieve lo blanqueaba todo como queriendo envolver con ideas de muerte y desolación todo el paisaje.—¡Oh, el calor de la sangre humeante fundiría aquel sudario frío!—, pensaba Carmela, dejando atrás el Buen Suceso, que á sus ojos parecía sucumbir bajo el nevoso como aquellas iglesias que vió en Moscou. Las calles parecíanle remedos de las solitarias avenidas de Petrogrado... Salió el tranvía al campo y creyó un momento que se encontraba en aquellas latitudes... Dejó atrás el Instituto Rubio, envuelto sus dolores y miserias en inmaculado manto de armiño... Volvió la cabeza: las ondulantes lejanías de Carabanchel eran ahora la estepa madrileña. Miró á la derecha: el Asilo de María Cristina parecióle una iglesia ortodoxa rusa, que soportaba con frío estocismo eslavó la enorme masa de nieve que gravitaba sobre su fábrica...

Carmela se apeó en Puerta de Hierro y sola avanzó á la ventura, tras una pareja amartelada

dísima que paseaba su idilio por la nieve y que de pronto, sin saber cómo, perdió de vista... Por sendas y rastrojos, campo á través y bajo las olmedas, su pie inquieto y menudo de gitana cordobesa hollaba la nieve, crujiente como alfombra polar, experimentando una sensación voluptuosamente casta al profanar con su zapatito la virginidad de los albos campos... Un lejano coro como de voces humanas, sorprendió á Carmela: bajo un grupo de pinos, ovejas de sucios y espesos vellones balaban á una inarticuladas reivindicaciones que el pastor con indulgencia olímpica acallaba á palos—«¿Tenían frío? ¿Tenían hambre? ¡Qué le importaba á ella! ¡Grabié! ¡Grabié! Este era el problema... que no vislumbraba en parte alguna»—. Siguió por una alameda que creyó recordar; era la Cuesta de las Perdices... Los pinzones de peto rojo y los pardos gorriones que desde Puerta de Hierro veía revolar por los árboles, corrían á bandadas sobre la nieve. Grandes grupos de chovas graznando á coro, pasaban con vuelo corto de un pino á otro, negreando fúnebremente sobre la ondulante sábana. Las urracas chillaban irritadas porque al paso de Carmela tenían que huir... Un gavilán se cernía á gran altura sobre el cielo gris; que siempre fué aquélla, ave de muy altivos pensamientos, como buen carnívoro.

Carmela vió á lo lejos el Guadarrama blanqueando á trechos, envuelto en nieblas y bajo plomizos cúmulos semejantes á montañas nevadas. El humo azul de una fogata denunció al hombre... Carmela se acercó con paso vacilante y mirada extrañada hacia un grupo de olmos sobre cuyo seco ramaje azuleaba el humo espeso y pesado, y su desencanto la anonadó: unos operarios calentaban la yanta bajo la bóveda de unos olmos que desprendían sin cesar la lluvia de oro de sus hojas como si quisieran fecundar á la tierra, como nueva Dánae... No sabían aquellos hombres palabra de «su Grabié» ni le habían visto...—«¡Mardesio!»

Corrió al azar... Saltó como gato montés unas alambradas, en busca de una casilla de madera

abandonada bajo unos árboles añosos, «un asunto de los preferidos por «él», y sus pies chapotearon en una laguna de agua y bancos de nieve... ¡Nada! Tampoco estaba allí. Indudablemente se había perdido... é involuntariamente murmuró aquella «soleá» de uno de los poetas predilectos de la gitana:

«Tengo una pena, una pena...
¡estoy siguiendo un camino
que no sé dónde me lleva!»

Y al verse tan sola en aquellos páramos, tuvo frío, sintió punzadas de hambre... y lloró su impotencia y su desamparo. Reclinada sobre un olmo solitario, junto á un estanque, experimentó singular calofrio que, sin saber por qué, estremeció sus entrañas como en aquellas noches idílicas en que Gabriel la estrechaba contra su pecho en el círculo del Albaicín, llamándola: «¡Morenaza mía! ¡Negra! ¡Gitanita!»—y una lágrima tibió la fria escozor de sus párpados...

— «¿La habría engañado Niní? ¿Dónde estaría aquel pintorsete de todos los demonios? ¿Quizá en la cama, mientras ella le buscaba muertesita de hambre y frío?»— La flaqueza mujeril la rindió. Viéndose sin un cariño de hombre en lo mejor de su vida y desamparada en aquellas soledades tan bellas y sugestivas, pensó en la muerte por primera vez en su vida de mujer burlada y de artista de corazón...— «¡La muerte! Pero sería más bello morir matando!...»—y deshizo el camino andado, pensando en súbita transformación de sus sentimientos:

— «¡Y este paisaje sería encantador... llevándome «él» del brazo! ¡Oh! Si se me apareciera por aquí... enamorado y rendido como siempre que torna á mí, ¡si no le mataba en seguida... era capaz de perdonarle!»

Se encontró de pronto junto al puente de San Fernando otra vez; las cornejas seguían graznando; los pinzones corrían como leves manchas rojas sobre la nieve. El Manzanares se deslizaba con el énfasis de un gran señor, bajo los arcos de piedra. La gran encina que sombreaba una rústica fuente, desprendía de su ramaje gruesos copos de nieve que se aplastaban en el suelo. Una ligera llovizna había substituido á la nevada y el sol pugnaba por romper la bomba de cristal mate que lo encerraba. En los lindos *chalets* de los guardianes del campo del Polo, preguntó; nadie había visto traza de ningún pintamonas ilustre... Carmela miró con odio á aquellos hombres y hasta á un nene que tranquilamente jugaba al polo sobre la nieve, y tornó á Madrid.

Llegó á su casa desesperada y maldiciendo hasta su sombra. ¡Su mala sombra! No quiso almorzar. Temía que le hiciera daño. Pidió café, leche, una tostada, cualquier cosa para engañar el hambre que traía y asustar al frío que entumecía sus miembros y su pobre alma, ávida siempre de ensueños... Envuelta en su mantón y hundida en la butaca, frente á la encendida chimenea, divagaba:

— «Qué echará de menos á mi lao ese mar... arma que así me deja plantá... pa correr tras lo desconocido? ¿Por qué tuve la debilidad de quererle

y dejar que se me entrara tan adentro der corazon? ¡Mardito sea que no viene á mí!—Y mientras tomaba á pequeños sorbos el café y mordía rabiosa con sus blancos y apretados dientes la sabrosa tostada, las ideas de muerte se alejaban

— «Café... como siempre?

— «Como siempre!—rugió Carmela despechada.— Y Maruja puso doble servicio ¡como siempre!, desde que Gabriel no venía á tomar café con la cantadora: dos tazas, el frasco de ron, la copita y el mazo de tabacos Gener. Si venía, que no echara nada de menos; que supiera aquél hijo pródigo de su amor, que Carmela le esperaba siempre, que tales delicadezas y exquisitezas cabían escondidas en un alma gitana, como diaria ofrenda al amor fugitivo.

Al tomar el primer sorbo ¡qué amargo! ¡Ah! Olvidó echar el azúcar... y gimió la cantadora, como leona herida en el corazón:

«Con la sangre de tu cuerpo
no pagabas tanto el daño
que con tu querer me has hecho.»

Aún vibraba la última palabra en sus encendidos y carnosos labios, cuando creyó percibir un leve cuchicheo tras los rojos damascos. Suspendieronse los latidos de su corazón y dió un salto de tigresa hacia las cortinas á tiempo que se entreabrián éstas y un mozo gentil de ojos brillantes y boca anhelosa avanzaba hacia ella.

— ¡Grabié!!—y dos brazos feroces y lascivos se anudaron al cuello del «mardesío pintorsete», aprisionándole como cadenas de hierro.

El era; ipero en qué estado! El gabancete de entre tiempo con el cuello levantado, ocultaba el raido traje de verano; traía las botas rotas y agujereado el chambergo bohemio. De todo su pasado esplendor de artista afortunado, no restaba más que la flamante chalina de seda que realzaba singularmente la distinción de su figura donjuanesca.

— ¡Pero... hijo, Grabié de mi arma...! ¿Cómo vienes?
¿De dónde me sales, perdió?
¿Dónde has estado, mal ange?

Gabriel sereno, imperturbable, dejándose caer en el diván y acercando á sus labios la humeante taza de moka, respondió, ciníco:

— Pero... ¿qué? ¡No vine ayer! ¡Yo diría...!

Carmela le miró con ojos felinos... y no le partió el corazón con el cuchillito con que extendía la manteca sobre la rubia tostada, porque le veía temblar de frío, ¡quizá de hambre!

ooo

Carmela dejó la alcoba tibia y perfumada donde descansaba Gabriel de sus desconocidas e inconfesables andanzas.

Abrió el balcón y, medio desceñida su blanca túnica de virgen corintiana, se entregó al abrazo de la nevada que envolvía otra vez á la coronada villa...

Y mientras los albos copos se fundían al calor del fuego que escondían sus sexos duros y morenos de gitana española, exclamó, abriendo los brazos voluptuosamente, con el candor de su alma supersticiosa:

— ¡Bendita seas... hada de la nieve, madresita de la probe gitana... que me lo has devuelto otra vez!

B. MORALES SAN MARTÍN

DIBUJOS DE RIBAS



de su mente y su mirada se perdía entre las llamas rojas y azules que acariciaban los troncos lentamente, como aquella pasión roja y azul devoraba á fuego lento el alma de la pobre gitana.

Maruja, la linda doncellita madrileña, había preguntado tímidamente:

LA "MASÍA" CATALANA



Casa solariega de Guinardó

CAMARA-FOTO

Es en arquitectura civil el tipo *casa*, el modelo naturalmente más interesante, aunque sea á la vez el más vulgar.

Sufre, á través de los tiempos, mayores evoluciones que los otros tipos de construcción, tales como el templo y el palacio, subsistentes siempre con pertinaz igualdad, dada su finalidad normal estática.

La casa, hasta cierto punto, sigue en sus cambios y transformaciones al traje, respondiendo á las costumbres, los usos, la profesión de los habitantes, á sus necesidades más ó menos perentorias, según educación de una familia.

Claro es que consta, idealmente, de tales ó cuales miembros indispensables, y de estos ó los otros departamentos permutable ó aun suprimibles.

Y tanto influye la educación, que... años atrás, en cierta Escuela Normal de Maestras, de una capital del antiguo reino de León, las alumnas... disponían de un rincón del corral, que, á modo de cuadra, ijse hallaba habilitado al efecto!!... ¿Cómo extrañar, pues, que en las casas de campo catalanas, y de toda España y aun de todo el mundo, se suprima este ó aquel gabinete?

El sitio para cocinar y á la par comer, es de los esenciales. Y, mientras en Castilla alrededor del hogar también se duerme, es frecuente en el *Más catalán* vivir en el piso alto del *llar*. El horno queda, ó fuera ó en la planta baja, donde también están, á la vez, los animales de la labranza, los domésticos, los de corral, ó el ganado.

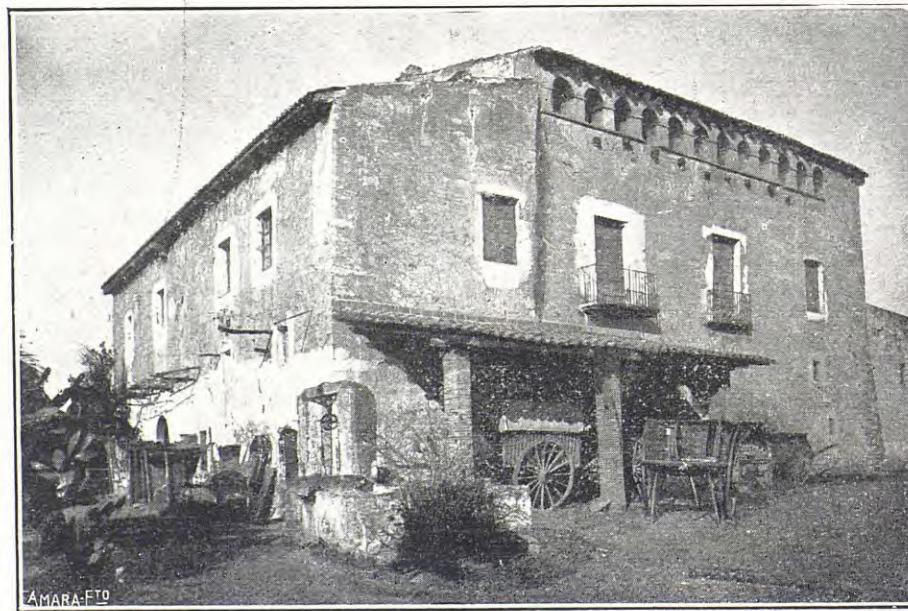
El antiguo palacio, urbano ó rústico (castillo), resumía la vida de varias familias é insti-

tuciones, teniendo algo de fortaleza, con sus hombres de armas para defensa del recinto y hasta de la ciudad vecina; algo de museo, por las ricas colecciones que encerraba de obras artísticas ó de mera curiosidad, que amontonaran herencias tradicionales; algo de templo, por sus capillas ó oratorios; de cementerio, por sus panteones para propios y extraños, etc. Y, en cambio, la vivienda usual abrevia ó amplía los departamentos, adaptando su distribución, conforme á los ocupantes. Pero todo en ella es íntimo, suprimiéndose á veces lo peculiar á la vida de relación, ó lo destinado á cumplimiento de fines humanos, ó cultivo, por último, de las profesiones, según queda apuntado con respecto al palacio.

Es rica y variada la mansión señorial campesina en Cataluña, la casa Pairal; pero es más típica la morada de familias antiguas pertenecientes á la clase media ó popular acomodadas, lo mismo que son característicos la buena barra valenciana ó el rico cortijo andaluz.

El influjo italiano en Cataluña, que se advierte hasta en los monumentos góticos dándoles su estilo levantino singular, se marca, asimismo, en las casas, tanto urbanas como rústicas. En la Barcelona antigua y sus contornos, especialmente en construcciones del siglo XVIII y primer tercio del XIX, obsérvese esa influencia italiana, tanto en la decoración de las fachadas cuanto en las pinturas al fresco de paramentos, en medianerías, patios y jardines, con perspectivas más ó menos afortunadas. El *rococó* y el *neo-clásico* campean por todas partes, compitiendo en originales modelos. Y hasta en pueblos insignificantes se hallan ejemplos de casas pretenciosamente decoradas, con un *rocaille* exagerado, que trae á la memoria el famoso palacio de Dos Aguas, de Valencia. Y como lo folk-lórico precede ó sigue, inicia ó imita — pero siempre acompaña á lo erudito —, no es raro encontrar escenas de caza, bárbara ó infantilmente pintadas en las paredes de casas modestas y aun pobres, donde un albañil, sintiéndose artista, muestra su ingenio en trazos y contornos de cal, con escoba por brocha; ejecutando todo sobre muros de tapial, amasado el barro con paja, manteniendo el propio oscuro color terroso.

Y así como se despierta en nosotros la reminiscencia del citado palacio valenciano, vie-



Una típica casa solariega de Santa Eulalia de Vilapiscina

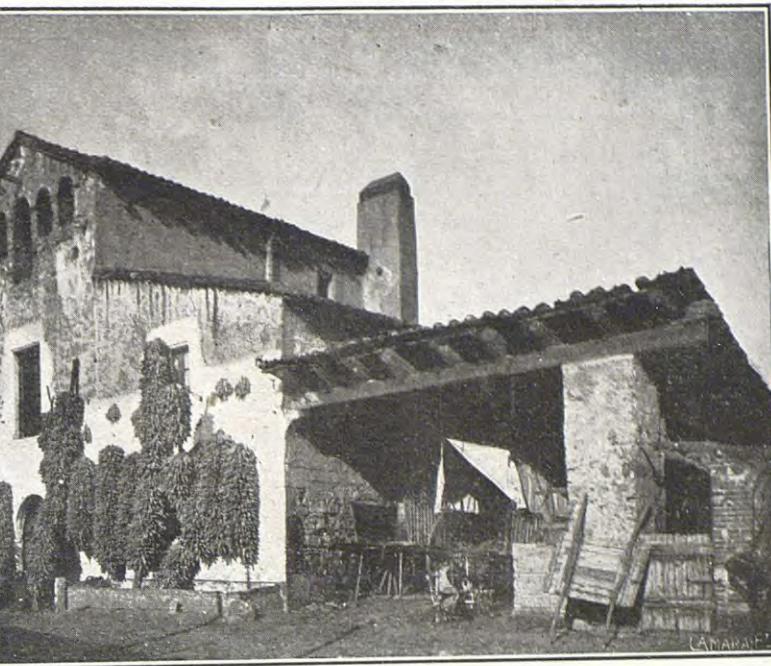
CAMARA-FOTO

ne también con otro motivo á nuestra mente el recuerdo del gran timpano de la barraca valenciana con un solo hueco en lo alto, al contemplar en la «masía» el gran triángulo con un ojo allá arriba, á modo y remedio de rosetón de iglesia.

El contorno del elevado paramento, viene á ser como perfil ondulante de atormentada línea decadente, resucitada hoy por cierto, en el modernismo (por fortuna fugaz), y utilizada de nuevo por arquitectos distinguidos como Puig y Cadafalch, quien, con mucho acierto, ha construido varias quintas (*torres*) ó villas, en las afueras de Barcelona, afectando esos históricos macizos. La «masía» catalana tiene, por otra parte, una significación social que también la avalora. Hela aquí:

El segundón de la casa, tanto en las familias poderosas como en las modestas, se recluye en el campo á hacer la vida del labrador, del *payés*, mientras que el primogénito, el «hereu», vive y gasta en la ciudad. Y, así como la vida urbana lleva consigo el influjo de la moda cosmopolita (forastera ó extranjera) con los nuevos usos, costumbres, y hasta lengua, en el retiro campesino prosigue el hogar tradicional é inalterable, conservando hábitos y manteniendo el sagrado del ideal folk-lórico del idioma y de la Historia.

Así como en el siglo XVIII es frecuente el mencionado tipo de la fachada que afecta en conjunto la superficie triangular de que acabamos de hacer mérito, es también interesante, aunque menos usual, el modelo de la sencilla construc-



Una "masía" de San Martín de Provensals

ción que, á su vez, afecta en bloque la figura de un gran dado, predominando sobre los vanos los macizos del edificio en todos los muros exteriores.

Sirva de comprobación el hermoso ejemplar de nuestro grabado, casa denominada «Torre Llobeta», en el llano de Barcelona, y término de Santa Eulalia de Vilapiscina.

Asimétricamente distribuidas aparecen las ventanas, coronadas todas de arquillos canopiales, que probablemente no remontan su antigüedad más allá de los comienzos del siglo XVI, puesto que es sabido que no son característicos estos arcos, como en otros lados, de las postimerías del siglo XV, ya que lo ojival se retrasa en esta región, perpetuando formas y adornos de períodos

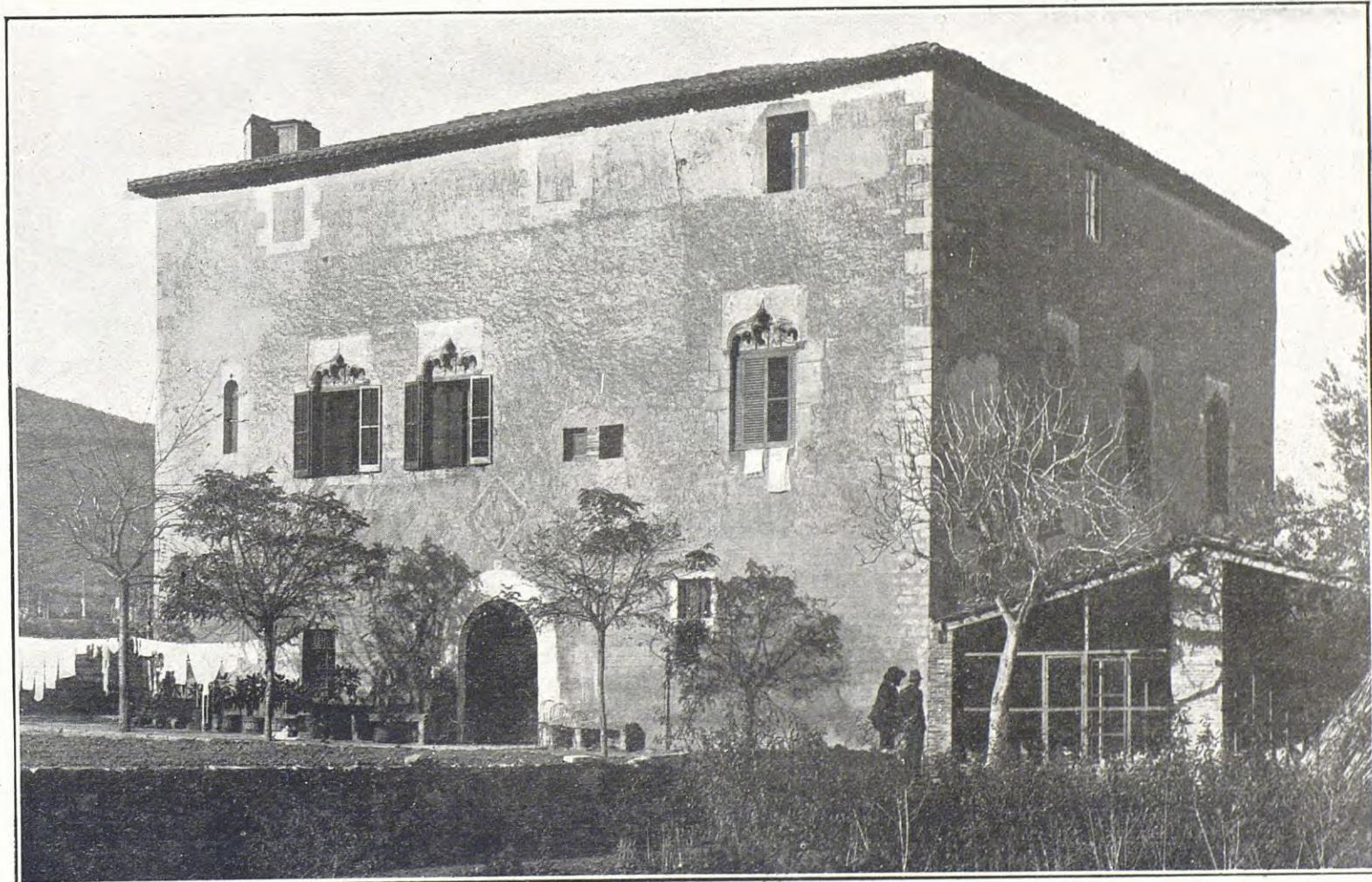
y épocas anteriores. Las casas rústicas catalanas han sido estudiadas en su disposición por Viollet-le-Duc, Street y otros, señalando en ellas los principales departamentos. Y, desde el siglo XIV casi hasta nuestros días, conviene señalar que dan la norma en las dimensiones para cada cuerpo, el largo obligado de cinco metros de las vigas.

El plano puede resumirse en pocas palabras: en la planta baja el ingreso (el *logione* italiano) central, y á los lados, la cocina y la cuadra, como antes apuntamos, y en el *piano nobile* de los italianos, nuestro piso principal, en medio, la sala de las grandes solemnidades y acontecimientos y fiestas familiares de intimidad, y lateralmente estancias para dormitorios. Los

altos, en fin, están ocupados como desvanes, para graneros y depósitos de frutos frescos ó secos; siendo de notar, como generalmente en todas partes, que se cierran los huecos con ramaje en este «sobrado», para dejar ventilación á lo que se almacena, defendiéndolo así, no obstante, de la intemperie, y resguardándolo de la voracidad de ciertos animales ó de la plaga de los insectos.

He ahí la «masía» catalana del tipo medio importante; porque dicho se está que hay otros ejemplos modestos y hasta míseros que confinan con la cabaña y aun la choza: refugios que ni siquiera consienten hogar encendido dentro, para seguridad de la vivienda.

H. GINER DE LOS RÍOS



Casa solariega "Torre Llobeta"

FOTS. MÁS

— TORPEDEAMIENTO DE UN VAPOR ESPAÑOL —

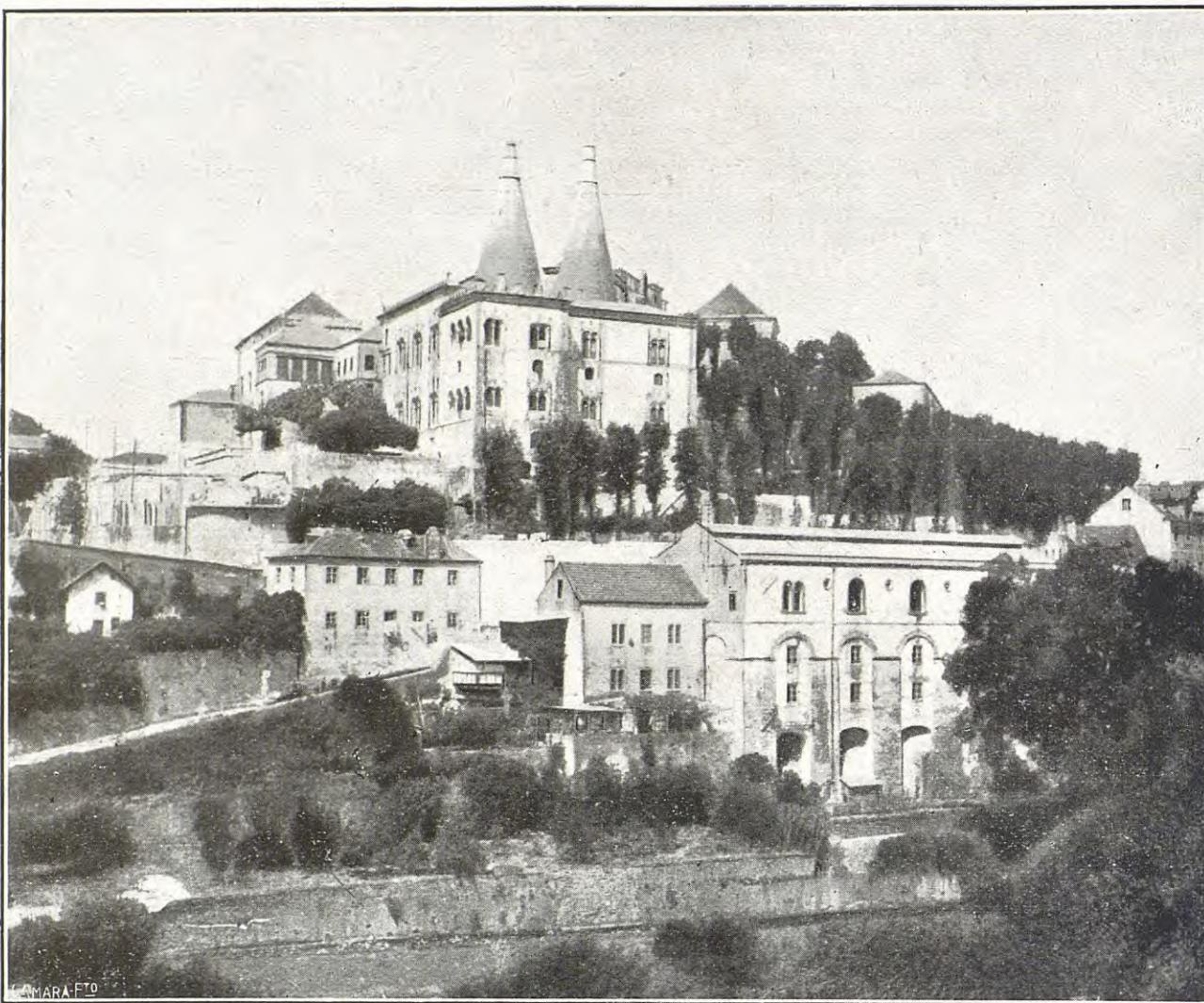


En esta doble plana de LA ESFERA se reproduce el emocionante momento de la pérdida del vapor español *Mumbrull*, torpedeado recientemente por un submarino alemán. El *Mumbrull* había zarpado de Valencia en viaje para Nueva York, y al llegar a la altura de las islas Madera, a 70 millas de Puncial y 300 de Canarias, fue detenido por el submarino, cuyo comandante ordenó a la tripulación española que abandonara el buque, porque consideraba de contrabando el cargamento que llevaba. Los tripulantes del *Mumbrull* abandonaron el buque y ocuparon dos lanchas gasolineras. El submarino alemán cañoneó poco después al barco español, y éste se hundió rápidamente, envuelto

en llamas. Una de las lanchas iba ocupada por 18 tripulantes y otra por 20. Las dos embarcaciones empezaron a navegar juntas; pero un terrible choque las separó algunas horas después. Varios días estuvieron los del *Mumbrull* perdidos en el mar, entre peligros y calamidades. Al fin, cuando la desesperanza empezaó a ganar sus corazonas, lograron ponerse en salvo, llevando en el rostro las huellas de las penitencias sufridas. Durante varios días, la opinión española temió fundadamente por la suerte de uno de los botes del *Mumbrull*, cuyo paradero era desconocido. Es este un trágico episodio más de la guerra submarina.

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDÍ

CUNA Y CARCEL DE REYES
LOS PALACIOS DE CINTRA



Vista general del palacio de la Reina María Pía, en Cintra, residencia suya durante el verano

CINTRA, este maravilloso país de encanto, donde las montañas parecen de Suiza y los jardines floridos hacen soñar con verdes de Valencia, recobra su vida señoril y cortesana. Vuelven, á pesar de la guerra, los ingleses admirados que se han hecho dueños de estos bosques perfumados y en ellos han construido sus nidos de invierno, como hicieron en el Valle de la Orotava y en Malta y en Chipre y en Creta y en Egipto y en Sicilia y dondequiera hay un trozo de cielo azul cubriendo un pedazo de tierra pintoresca y fecunda. Vuelven los grandes señores de la aristocracia portuguesa, que ya no temen agravios de la Revolución, y resuena en sus parques la bocina de caza... Los que no vuelven son los Reyes, aquel finchado Don Carlos, que tan bien simbolizaba al pueblo portugués; aquella enlutada y atribulada Doña Amelia, tan avizora del peligro que la perseguía; aquel Príncipe Luis Felipe, tan altanero, y aquel Don Manuel, tan simpático, tan ansiado, con la vacilación en los labios, con el espanto en los ojos...

Desde la tragedia del Arsenal, la madre y el hijo acudían, siempre que les era posible, á refugiarse en el *Paço Real* de Cintra, á esconder su dolor en los viejos edificios y en las solitarias avenidas de los parques. Por muchos amargos recuerdos que encontraran aquí

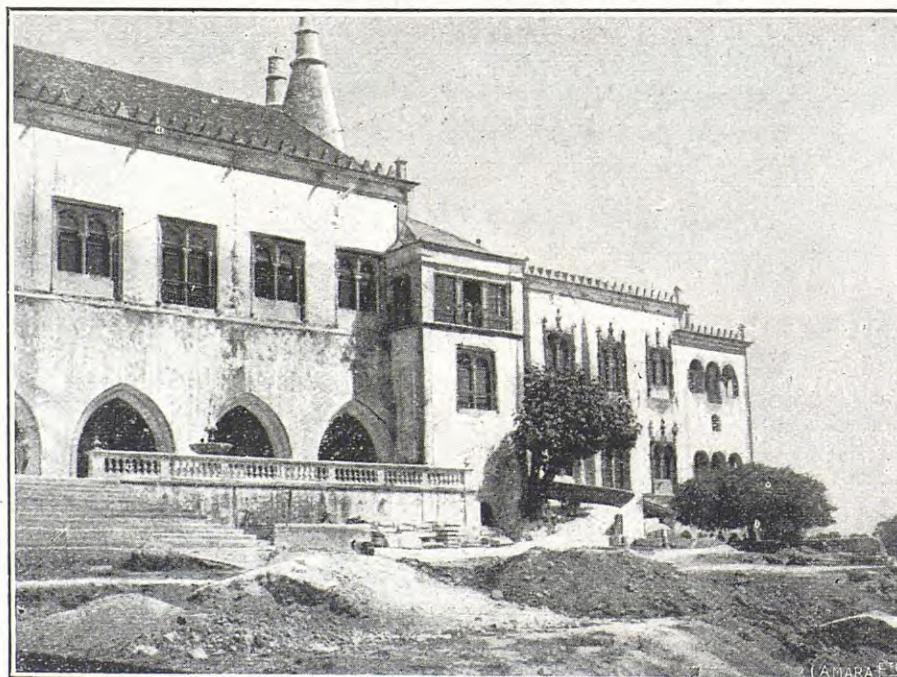
donde el Rey Carlos había hecho el refugio de sus aficiones—su estudio de pintor; su museo oceanográfico; su museo venatorio—, era mayor pesadumbre el miedo á la capital, donde el odio revolucionario estaba en todos los ojos y amenazaba en todas las miradas... ¡Tristes y amargos fueron tantos días esperando la Revolución,

deseando que llegara, anhelando que les libertara de aquella amargura y del miedo á la impaciencia de otro regicida! Los que estaban cerca de aquella mujer y aquel niño saben bien que no abdicaron y se fueron lejos, muy lejos, donde no se les odiase, por temor al dictado de cobardes...

Ahora los palacios de Cintra no son ya residencias reales, sino museos históricos. Portugal se ha apresurado á hacer lo que hizo Francia destronadora. Se ha querido que Cintra fuera como Versalles, y al abrirse los palacios á la pública curiosidad se han revelado al profanador comentario de las gentes muchas páginas de las pequeñeces humanas que encierra toda monarquía.

Es difícil que haya en el mundo palacio profanado de esta suerte, ni el de Versalles mismo, que encierre tal cantidad de tristes recuerdos, de grandezas idas, de dolores y de injusticias que todavía claman reparación del cielo.

Después de ver en el castillo de Queluz la alcoba donde nació y murió Don Pedro IV, primer Emperador del Brasil, se llega á los vergeles de Cintra. En aquel palacio se nos ofrece viva la tremenda página del desastre de Don Sebastián, y la desesperada agonía del Rey Alfonso VI, desterrado y encerrado allí por su propio hermano. Pero, bien pronto toda nuestra atención

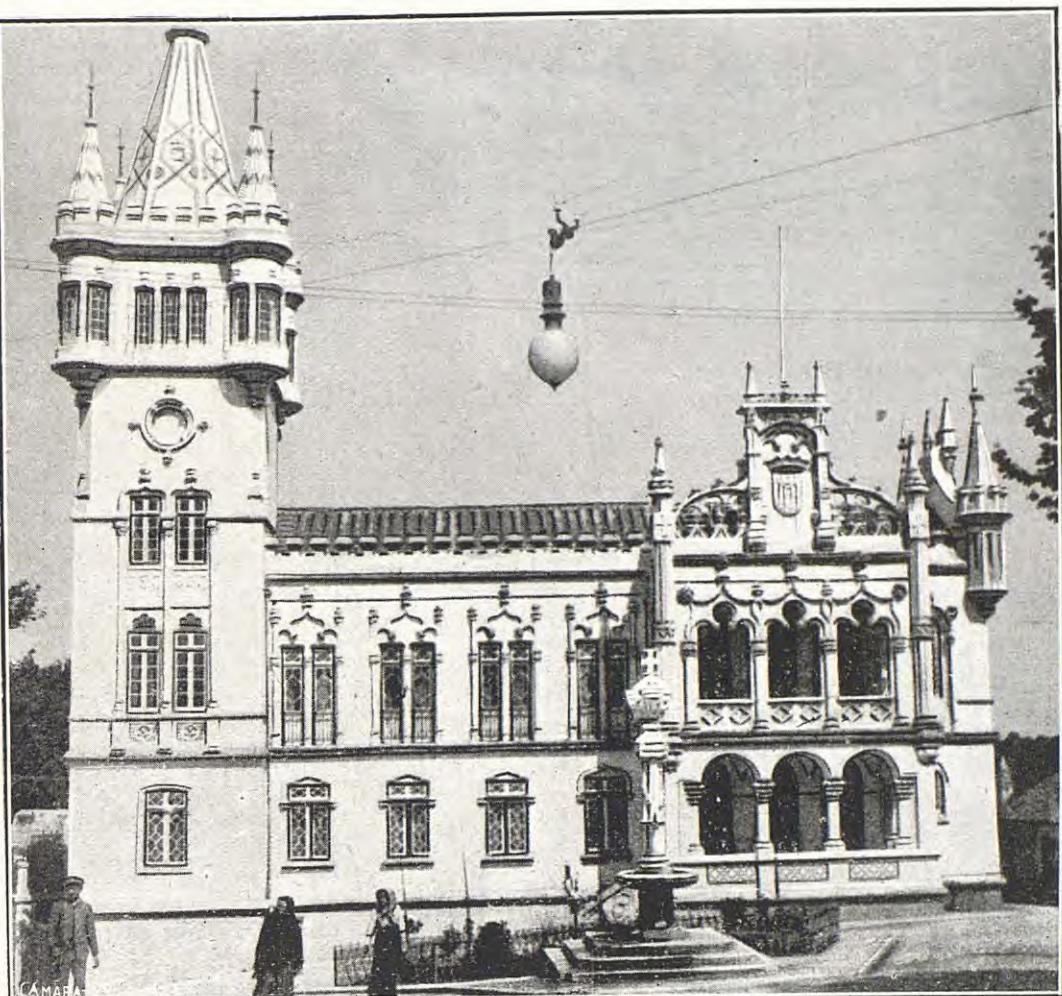


Entrada del palacio de la Reina María Pía, de estilo árabe

se rinde á los encantos de la Naturaleza, y la Cuna y Cárcel de Reyes se despoja de la melancolía de sus recuerdos para ofrecernos sólo la visión d'e sus vergeles y sus bosques. Bien pronto, la memoria nos trae el recuerdo de unas palabras de lord Byron: «¡He aquí Cintra, nuevo Edén!—dice el divino poeta—. Asombrosas rocas, coronadas por un convento; seculares quejigos sombreando con su ramaje un precipicio bordeado de zarzales; el cielo brillante ennegreciendo el musgo de la montaña; el profundo valle donde el bosque llora la ausencia del sol; las naranjas de oro suspendidas en el verde follaje; los torrentes que se despeñan desde lo alto de las rocas; la viña en las laderas y los sauces que inclinan sus ramas buscando espejo en el agua cristalina y bullidora de los arroyuelos; cuánto pudo imaginar la Naturaleza contribuye á embellecer este paisaje encantador.»

¡Qué emoción cuando leímos estas palabras del poeta de nuestra juventud y qué desencanto ahora, ante el divino panorama que lord Byron no tuvo palabras para describir! En vano cuando visitáis el Castillo Real os dicen los guías: «Esto se parece á la Alhambra de Granada; esto es igual que el Alcázar de Sevilla...» No; ni parecido ni igual. Llegó allí también el arte moro, y acaso los mismos alarifes esculpieron y minaron en estos muros el azul, el rojo y el oro de su portentosa fantasía; pero Cintra es Cintra, con espíritu y color y ambiente propios, y en la enorme variedad de su Arte, no se parece á nada extranjero.

Esta originalidad, mejor dicho, esta singularidad—que es cosa muy importante, porque nos dice mucho de la psicología lusitana y de su diferenciación de la hispánica—, llega en el Castillo de la Peña á términos tan claros y precisos, que no pudiera decir más en palabras el orador más elocuente ni el pensador más profundo. El esfuerzo humano que representa aquella edificación en aquel picacho, y la soberbia y altivez con que está imaginada y construida, dominando la montaña y mirando osada al mar, y la variedad con que sus preciosos detalles son como una protesta y una liberación de todos los estilos clásicos, buscando en la originalidad la afirmación de una personalidad y la negación de semejanza ni hermandad siquiera con la raza vecina, nos dicen que cuantos inspiraron y planearon y construyeron el Castillo estaban iluminados por aquel espíritu de aventuras y descubrimientos, de con-



Casa-Ayuntamiento de Cintra, de estilo llamado "manuelino", atribuido al Rey Don Manuel I

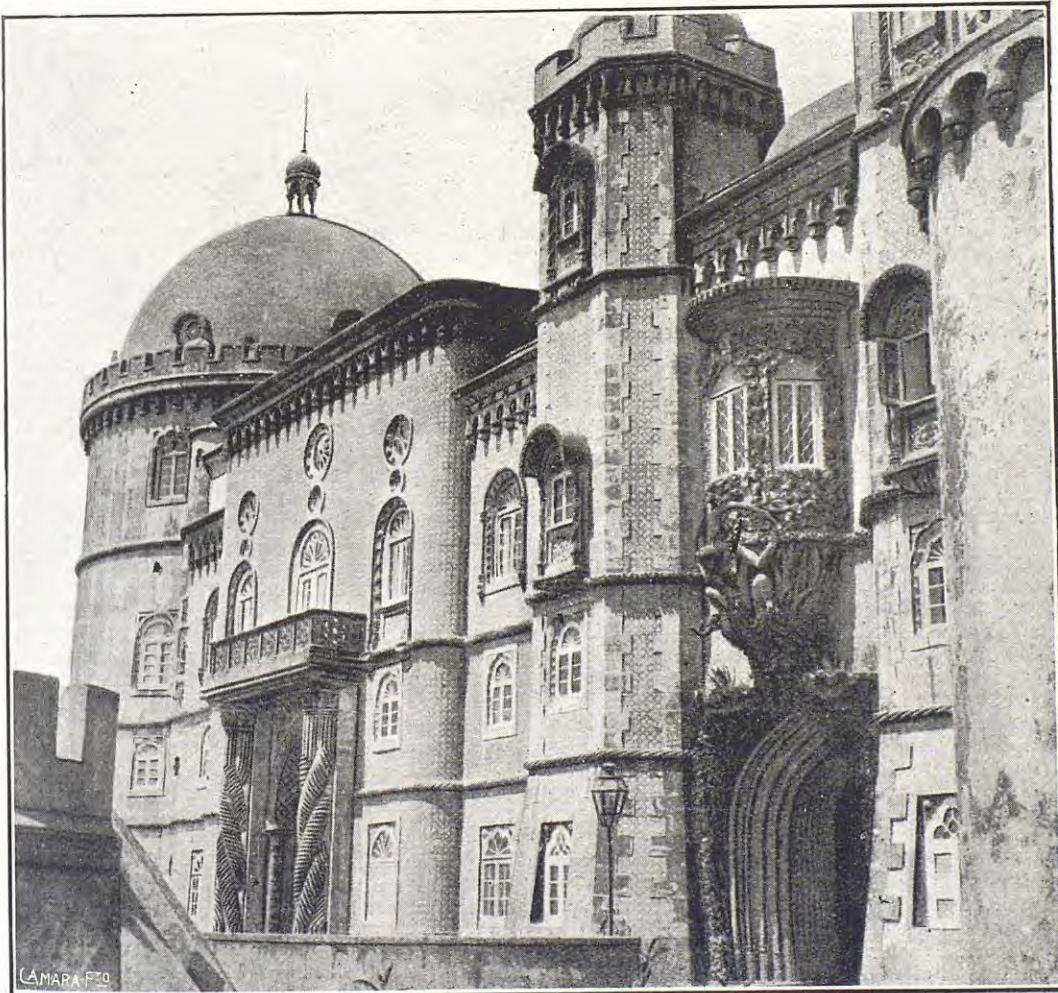
quistas y dominaciones que hicieron de Lisboa uno de los polos de la Humanidad.

Y he aquí qué la Historia cruel ha ido despojando á toda una nación de sus añejas ilusiones, mientras que no logra abatir la soberbia retado-

ra de estos muros. Como en adoración suya, como si estas altivas piedras fuesen un relicario donde el dolor y las lágrimas de tantos Reyes se han ido recluyendo, el bosque inmenso, de varias leguas, se extiende sumiso, ofreciéndole el homenaje sin igual de sus flores, sus perfumes y su música misteriosa. Nos asalta y nos atormenta otra vez la inquietud que aquí vinieron á ocultar los que en el trono parecían felices y poderosos. Se señalan aún entre estas arboledas los puestos de cazador de que gustaba el desdichado Rey Carlos, disfrazado de hacendado ó ganadero, con sus zajones de cuero, su ancha faja roja, su marsellés de coderas y alamares, festoneado con terciopelo, y su sombrero plano de anchas alas, y está aquí, floreciendo en una eterna primavera, impasiblemente cruel á la ausencia de la amada, el jardín de las camelias, con sus miles de variedades donde parece haber agotado la Naturaleza todos los colores, tonos y matices que pueden apreciar ojos humanos. Era aquí donde la Reina Amelia gustaba de esconder sus tribulaciones y sus quebrantos.

Veis aquí dónde está la verdadera fuerza. Mientras las dinastías se extinguían, estas flores renuevan sus capullos y abren sus corolas cada primavera. Mientras los regímenes políticos se derrumban, estas piedras, alzadas en lo más alto, como si quisieran escalar el cielo, permanecen quietas y firmes. Ciertamente, allá, en las lejanías del destierro, en la hostilidad de ambientes desdeñosos con que la vulgaridad castiga á los que usufructuaron envidiaduras supremacias, una Reina que gozara espléndidamente de las tres majestades: la del cetro, la de la belleza y la del entendimiento, y un jovenzuelo que bajo la pesadumbre sangrienta de su corona miraba á su pueblo con ojos asustadizos y temerosos, añorarán las soledades de este bosque, la soberbia de estos peñascales, el refugio de estos muros, el perfume de las flores, el murmullo de los regatos, cascadas y arroyuelos, y el cantar de las aves infinitas y el bramido quejumbroso de los ciervos en celo... Y ver todo esto y gozarlo, como lo gozan los ingleses ricos que en estas lindes han alzado sus palacetes, les está prohibido, ipor el delito de haber sido Reyes!

Por el delito de haber sido Reyes, que en algunos pueblos es cada vez más hondo y más grave, y cada día se perdona menos.



Castillo da Pena, en Cintra, residencia habitual de los Reyes durante el verano. Está situado en lo alto de un frondoso monte y tiene una vista magnífica
FOT. DÍAZ MOREU

MÍNIMO ESPAÑOL

RETRATO DE UN HOMBRE DE TALENTO

Nació cuando la Restauración comenzaba: en otoño de 1877. No fué á la escuela. Su madre le enseñó á hablar y á rezar; su padre á leer y á escribir. La gramática, aritmética, geografía, etc., elementales, las aprendió en los libros, por su cuenta y riesgo.

Cursó cuatro carreras, pero no terminó ninguna: la carrera de clérigo, la de abogado, la de profesor de filosofía y letras, la de profesor de ciencias (sección de físico-naturales). Su familia, indignada de tal versatilidad, lo expulsó de la casa, y no teniendo dinero para emigrar á América, pero teniendo, en cambio, edad de quinto, ingresó en el Ejército.

Patriota entusiasta y hombre sobrio, nada tuvo que decir de la dureza y suciedad de la cama, ni de la insipidez y raredad del rancho; se sentía con fuerzas para hacer ocho guardias seguidas y para soportar un año de maniobras. Pero no podía consentir los palos, correazos y bofetones de cabos y sargentos crueles; le sacaba de quicio que los soldados se robasen unos á otros las prendas y el robarlo no pudiese protestar ante sus superiores; consideraba, como afeamiento, indigno de militares, que se exigiese la limpieza de dichas prendas (¿de cuáles, si se las robaban todas?) como virtud suprema de la tropa, y se oyó llamar *calamidad*, por poco limpio, él, que creía, con Veuillot, que «el imperio corresponde á los hombres sucios».

No tardó en enemisarse con todo el regimiento. Se querelló con cabos, sargentos y oficiales; pernoctó fuera del cuartel con tal frecuencia, que el calabozo se convirtió para él en residencia fija; llegó á amenazar personalmente al capitán; desertó dos veces, aunque con tal nobleza y patriotismo, que las dos veces volvió al Cuerpo, como vuelve la cigüeña á su antiguo campanario. Debido á las influencias de su familia, sólo se le castigó á cumplir siete años de servicio en un castillo militar de una de nuestras islas adyacentes. Los siete años quedaron reducidos á tres, gracias á dos inadullos que alcanzó.

Del castillo volvió á España sin un solo sentimiento de odio á la sociedad, ni siquiera al Ejército. Al contrario: se sentía más henchido de patriotismo que nunca, y hablaba de la milicia con verdadero entusiasmo. Antes de su odisea, había estudiado y leído mucho y sobre muy variadas disciplinas; después de su odisea, el estudio y la lectura le absorbieron por completo, hasta el punto de ponerle en posesión de una cultura desproporcionada á las fuerzas mentales de un solo hombre. Del alcance de esta cultura cabe juzgar por lo que de él referían sus amigos, condiscípulos y paisanos, contestes en afirmar que nuestro hombre, á la edad de veinticuatro años, sabía casi de memoria las obras completas de Platón, de Aristóteles, de Santo Tomás, de Duns-Scott, de Newton, de Leibnitz, de Laplace y de Hourens. Además, conocía otros muchos



autores, cuya consulta y meditación le hicieron dominador indiscutible de las ciencias generales, especulativas ó teóricas: matemáticas, filosofía, sociología, lingüística é historia. Por último, erale familiar toda la erudición de la cultura europea contemporánea sobre ciencias más particulares, novísimas y tendenciosas, hallándose siempre dispuesto á hablar y discutir con la mayor competencia sobre astronomía matemática, anatomía comparada, biología celular, psicología empírica, derecho político y antropología criminal. Su ambición llegó al extremo de escribir varias novelas y algunos ensayos críticos é históricos sobre literatura.

En la parte amorosa fué bastante afortunado. Desmintiendo la timidez jesuítica que le granjeaba tantas simpatías de las devotas de su pueblo durante el período de la vida de seminario, nuestro hombre, desde que sacó el pie de la alforja, se dedicó con tal fruición á las conquistas, que, exceptuando las mujeres decentes, le amaron todas las que pretendió. A fuer de filósofo, nuestro hombre no distinguía unas mujeres de otras más que por la estatura, el color del rostro y el aliento y disposición del traje. Siendo la mujer el tipo representativo de la especie, concebía el alma femenina de una uniformidad abrumadora, y únicamente prefería las delgadas á las gruesas por ser más amorosas y ladiñas. Y aunque pasaron de una docena las amadas gruesas que tuvo, esto puede explicarse, no sólo

por el natural afán de variedad, sino que también por ser ese género de mujeres, á causa precisamente de su frialdad y sosera, más asequibles que las otras á aquellos escarceos que, sin comprometer los corazones, amenizan y condimentan los noviazgos.

Cuando de veras amó nuestro hombre, guardó muy bien de que se lo conocieran, considerando que la mujer es un sér admirablemente cobarde, que gusta de atormentar al vencido. Tuvo, pues, la sublime hipocresía de la indiferencia, y sólo al estudio reservó todos sus entusiasmos. Y á fe que su tipo físico bien pudiera calificarse de «tipo de hombre de estudio». Era delgado y moreno, de regular estatura, de rostro simpático, la piel fina, los ojos como dos ascuas, los brazos rebeldes, los movimientos indisciplinados, la figura toda llena de elo- cuencia persuasiva. Franco, cordial, espléndido, descuidado en el vestir, enfático en la frase, exagerado en la expresión, sugestivo en el entusiasmo, no tenía facha de abogado, de médico, de menestril, de nada que olierse á profesión ó oficio enderezado á conseguir fines inmediatos y someros.

Nadie compuso más libros y folletos, nadie colaboró en más revistas y periódicos, nadie hizo más traducciones y antologías, nadie pronunció más conferencias y discursos que este escritor, el más labioso de España. El mismo, á pesar de toda su modestia, se complacía á menudo en hablar de su *filoponia* ó

«amor al trabajo», dando á la palabra griega el alto alcance que en Atenas tenía. Hay más: su mismo prurito de escribir, *scribendi cacoethes*, era un síntoma delator de las grandes reservas de energía que en su cerebro y en su médula espinal albergaba. En sus lecturas fué vasto y avasallador antes que escogido y refinado. Por conveniencia que estuviese de que los libros augurales y los comentarios de los augures no han añadido ni quitado una hora al destino, opinaba que, cuanto con el destino se relaciona, sólo puede apreciarse y entreverse en los libros augurales y en los comentarios de los augures. Las ideas eran para él verdaderamente tales cuando podían aprenderse ó exponerse por escrito.

A pesar de su talento, nuestro hombre se casó y tuvo hijos. También murió, dejando publicada é inédita copiosa labor científica, y... dejando á su esposa el dinero necesario para sufragarle los gastos del entierro. Ello no me extraña, pues más de una vez le oí decir que si el acto de nacer «había sido el primero y muy principal de su vida», en cambio el acto de casarse «había sido secundario y meramente accidental en su existencia».

Tal es el retrato fiel y verídico de un hombre de talento, es decir, de un hombre completamente inútil á la sociedad.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJO DE ECHEA

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS



¡HAYDÉE!

Levanta, hermosa Haydée, tu asiria copa de oro.
Al rubio sol, más bello parecerá tu vino.
Alzala, por los días de ventura que aun lloro,
y que traidoramente me arrebató el Destino.

Por un dios inspirada, tu juramento hiciste;
tu alma, al consejo pérvido de la razón, me olvida.
¡Me amabas! ¡No fingieron tus ojos! ¡No mentiste!
Por eso es más profunda y es más mortal mi herida.

¡Ven, Haydée! ¡Mi amargura tu compasión reclama!
¡Reclíname en mi pecho, y oírás cuán débilmente
modula con latidos su sílaba doliente
mi corazón solícito, que sin cesar te llama!

Leopoldo LÓPEZ DE SÁA

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

MONUMENTOS ZAMORANOS

LA INVENCION DEL CUERPO DE SAN ILDEFONSO

A la iglesia arciprestal de San Pedro y San Ildefonso, existente en la capital zamorana, le cabe la honra de ser la tumba donde reposan los restos mortales del santo arzobispo toledano.

De muy antiguo data la construcción de este templo.

Las primeras noticias que de él se tienen le hacen aparecer en el siglo vii, destruido por el invicto Almanzor al frente de sus aguerridas huestes mahometanas, como tantos otros templos existentes en Zamora por aquella época.

Muchos años se pasaron hasta que esta devastación comenzó á repararse, merced á la magnanimitad de Don Fernando I, y entonces se restauró este templo, como bien á las claras nos lo demuestran los detalles que de aquella época aún conserva, de puro acento romano-bizantino.

De ellos, aunque sea someramente, hablaremos más adelante, pues otro es el tema primordial de este artículo, como su epígrafe promete.

Existe un voluminoso manuscrito en el archivo de esta iglesia, que afirma que el cuerpo del arzobispo toledano, por temor á que fuera profanado por los árabes, dominadores de Toledo hacia el año 714, fué exhumado de la basílica de Santa Leocadia y llevado cautelosamente en dirección á Asturias, donde por entonces ocultaron los cristianos la mayor parte de sus tesoros y de sus reliquias, y que, por contratiempos sufridos en la ruta emprendida, depositaron provisionalmente el cuerpo santo en la iglesia zamorana de San Pedro. Aquí se le dió culto por espacio de muchos años, aun durante las dominaciones mahometanas, merced al espíritu tolerante de aquellos árabes en materias religiosas.

Pero como Zamora era el punto más estratégico y el mejor baluarte emplazado en los aledaños del naciente reino de León, durante dos siglos estuvo sujeta á una enconada lucha en la que era ya ganada por los mahometanos, ya por los cristianos, y de nuevo reconquistada por unos y por otros.

Y entonces, finalizada esta larga epopeya por la destructora invasión de Almanzor, se perdió, no sólo el culto dedicado al santo cuerpo, sino hasta la memoria de que en esta iglesia se hallase sepultado.

Pero la tradición, que es tan fiel guardadora de los sucesos como la misma crónica escrita, no debió de olvidar por entero esta preciosa noticia, porque muchos años después, y ciento antes de que se comprobara, un pastor toledano predijo—dicen que por revelación divina—que el cuerpo santo se hallaba oculto en Zamora.

Con indiferencia absoluta recibió la capital esta importante revelación; pero un siglo después, en el año 1260, época en que estaba el templo en reparación, al abrir una zanja descubrieron los albañiles la caja que contenía el cuerpo del arzobispo toledano.

Inadvertidamente habían roto la lápida que la cubría; pero, unidos los fragmentos, pudo leerse con claridad la siguiente inscripción, que no deja lugar á dudas: «*patris Ildefonsi Arechepiscopi Toletani.*»

Una penetrante fragancia, como de perfume de flores, cuenta la crónica escrita que se percibió al descubrir la caja mortuoria. De tan feliz hallazgo se levantó la consiguiente acta notarial, y mientras se depositó la caja en la espaciosa bóveda en que descansa la torre de la iglesia, se expuso á la pública veneración el sitio donde apareció el santo cuerpo, rodeado de una pequeña verja.

Pero no tardó mucho en ser cegada la zanja en cuestión, píes tantos fueron los devotos que acudieron á recoger puñados de aquella tierra, que se formó una enorme cavidad, á la que el vulgo denominó *pozo de San Ildefonso*, y que ofrecía serios peligros.

En este lugar se colocó—en 1775—una pequeña pirámide de mármol con una inscripción que perpetuaba la memoria de esta providencial invención, y aunque la pirámide existe todavía, la inscripción resulta ilegible, por haber desaparecido la mayor parte de las letras de bronce que la componían.

Son notables—pero muy profjos—los documentos que existen respecto al pleito entablado por los de Toledo para recuperar el cuerpo de su santo arzobispo; lo evidente fué que ni el Ayuntamiento ni el Cabildo de Zamora consintieron en que se les expoliase de lo que creían que les pertenecía por derecho providencial.

A tal extremo llegóse en esta contienda, que hubo serios conatos de adquirir por la violencia y por el robo lo que por las vías legales no podía conseguirse, y entonces se formó en Zamora el cuerpo de nobles de la ciudad, que se llamó de Cubicularios, encargados de velar día y noche por la seguridad del santo cuerpo.

Y no anduvieron desacertados en la medida, porque, estando juntos los cuerpos de San Ildefonso y de San Atilano—este último obispo de Zamora, que también reposa en la misma iglesia—, un clérigo poco escrupuloso, al frente de un atrevido complot, robó la cabeza del obispo zamorano, creyendo substraer la del arzobispo de Toledo.

Para más completa seguridad, estas dos sagradas reliquias se elevaron al camarín alto del altar mayor, el 26 de Mayo de 1496, y á tal extremo se llevó la custodia, que ni la Reina Doña Margarita de Austria, que poseía un breve del Papa para tomar una reliquia de todos los santuarios que visitara, logró adquirir la más pequeña del cuerpo de San Ildefonso, cuando estuvo con su esposo, Don Felipe III, para adorar los mortales restos del santo arzobispo en Zamora.

Doce son las llaves que existen, guardadoras de los sagrados huesos, y que se hallan bajo la custodia de distintas dignidades civiles y religiosas.

Seis cerraduras tiene la verja de hierro de la capilla mayor; cuatro la caja de madera donde se halla la de plata repujada que contiene una bolsa de tisú de seda donde descansan los santos huesos del arzobispo, y esta argentina caja posee dos cerraduras. De modo, que doce han



Lado del templo de San Pedro y San Ildefonso, en que se conserva el carácter romano-bizantino de su fábrica

de ser las personas que se han de hallar reunidas para llegar hasta donde la piedad zamorana ha puesto á cubierto el preciado cuerpo de San Ildefonso.

Varios han sido los monarcas españoles que han venido á Zamora con el fin de adorar el cuerpo de San Ildefonso.

Documentalmente, se guardan noticias de las visitas de Juan II, Carlos V, Felipe II, Felipe III, con su esposa Margarita de Austria, y últimamente Alfonso XII.

Aparte de que no ofrece ninguna particularidad el camarín del altar mayor, cerrado por una gran verja de hierro, donde hoy se halla depositado el cuerpo de San Ildefonso, las condiciones de luz no permiten tampoco sacar copias fotográficas aceptables que sirvieran para satisfacer la curiosidad del lector. Interiormente nada notable tiene este templo, excluyendo el honroso servicio que presta.

Al exterior, sin embargo, ofrece preciosos restos de su antigua fábrica. Uno de los detalles más salientes es la puerta del Sur, tapiada hace tiempo y de un bello carácter romano-bizantino, compuesta de diferentes arcos lobulados y rica ornamentación, visible aún, como en la fotografía se aprecia, entre los arbotantes que se construyeron en el siglo xv al levantar el muro antiguo para hacer más alta la bóveda de la iglesia.

Esta elevación se observa mejor en la fotografía de la puerta principal, donde se ve que el primitivo muro llegaba á la altura de los contrafuertes, que aún existen.

También conserva este templo su ábside semicircular, bello ejemplar románico, oculto hoy tras unas tapias de moderna construcción.

La gran devoción que en España se le guarda al santo arzobispo toledano me ha llevado á popularizar estas breves noticias de las peripecias acaecidas con tan veneradas reliquias y del lugar en que hoy se hallan custodiadas.

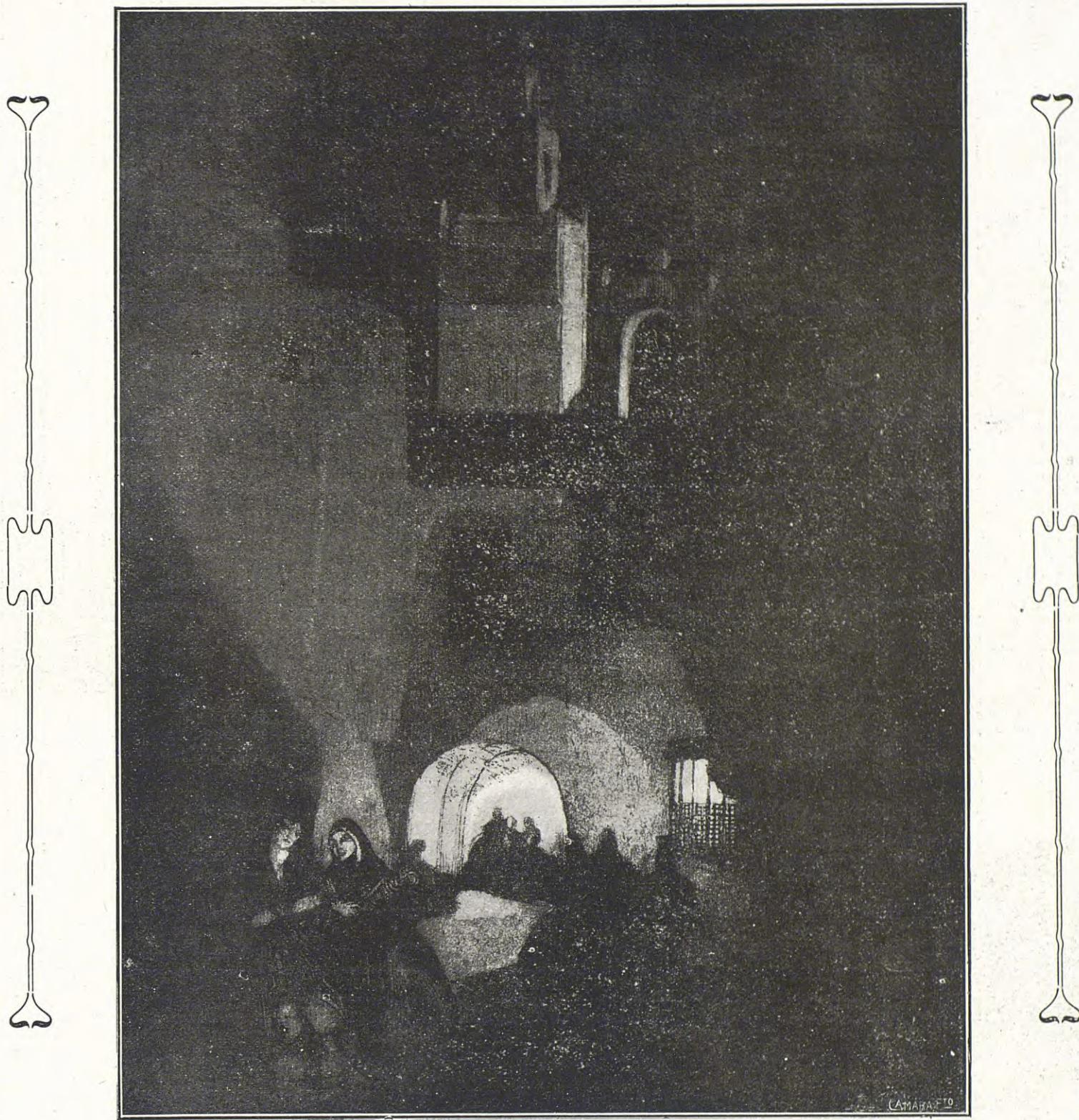


San Pedro y San Ildefonso, templo zamorano donde se conserva el cuerpo de San Ildefonso

FOTS. DE E. CORTI

JULIO HOYOS

PAISAJES URBANOS



CAMARA E. 9

DE mis andanzas por Sevilla recuerdo con nostalgia las nocturnas, y entre éstas ninguna deja de tener por fondo la Giralda. Siempre en el cielo destacaba, por encima del apaisado caserío, la torre en que se reflejaban las luminarias de la ciudad. La piedra era una antorcha...

Parece ser que ya hay muchos miradores cegados, y abundan los sitios sin el amparo del antiguo protector. Por ejemplo, ese callizo que eterniza el aguafuerte de Franco, aquí reproducida, que añade á su jerarquía artística la calidad de documento histórico. Ya no existe el encantado lugar que llamaban callejón de Santa Marta, gracias á la moderna urbanización. Dónde antes estaba el arco como una reverencia mitad por mitad hidalgas y maja al paso de las devotas del conventico próximo; donde unas rejas seculares colgaban de los venerables muros, como joyeles en el pecho del prócer; donde la luz componía contrastes robados del alma andaluza, que siente

por relámpagos; en lo que fué remanso de la tradición, se eleva en la actualidad una casa de vecinos, banal y desentonada, horrenda en su pulcritud fácil. Y, sobre todo, la nueva vivienda con sus varios pisos, oculta la Giralda.

Tiene una enorme importancia que Sevilla continúe ó no con la vista clavada en la torre bellísima. En medio de las sombras, y de la modorra espiritual de las gentes, el faro predicaba la historia de la Bética. No surge con más apariencia de realidad el espejismo en el desierto, que ese otro espejismo simbolizado en el granito, mostrándose con su seducción ante los ojos y los espíritus visionarios. La caravana cree vislumbrar el bosque con la cisterna. En la mole, que no merece tal nombre, casi de carne en su sonrosada brillantez, familiarmente espectral, se halla el pasado de la tierra de María Santísima. ¿Qué importaban la fealdad y las mediocridades esparcidas abajo, conjunto redimido por las tinieblas, si veíamos la Giralda, punto de apoyo de

toda una magnífica evocación, algo así como el tema musical á desarrollar en una sinfonía? Mientras guardásemos el reliario del ayer insigne, podríamos soñar en las reconstrucciones gloriosas, igual que se confia en que los vestigios de un santo hagan milagros...

Pero emponzoñada con un mezquino anhelo de mercantilismo, de falsa novedad, ó de europeización zurda, Sevilla, acaso inconscientemente, no descansa en la tarea suicida de ir substituyendo la herencia ilustre con adquisiciones baratas. El sacrilegio del callejón de Santa Marta se repite una y otra vez. No tardará mucho el día en que ya la Giralda se encuentre prisionera e invisible en su cerco, como en un secuestro. Y entonces, el pueblo andaluz caminará á tientas, sin la antorcha providencial.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE FRANCO

MONUMENTOS VENECIANOS

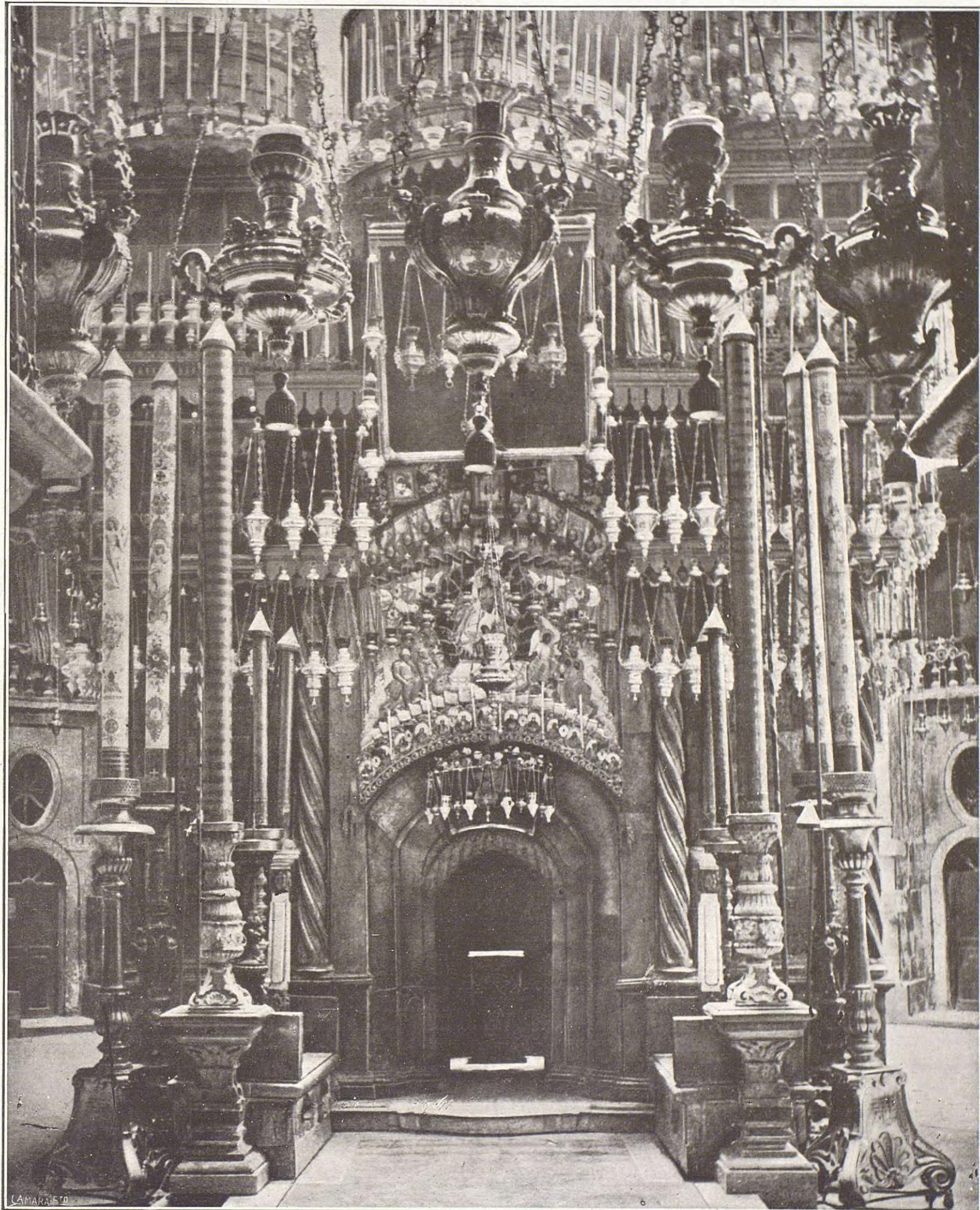


Una de las puertas de la iglesia de San Marcos, de Venecia

VENEZIA, la ciudad de historia, de arte y de ensueño, será siempre un fecundo manantial de emoción. Durante unos días, el avance de los ejércitos alemanes y austriacos, y su amenaza al valle del Véneto, dieron á Venecia una inquietante actualidad. Se temía por su seguridad

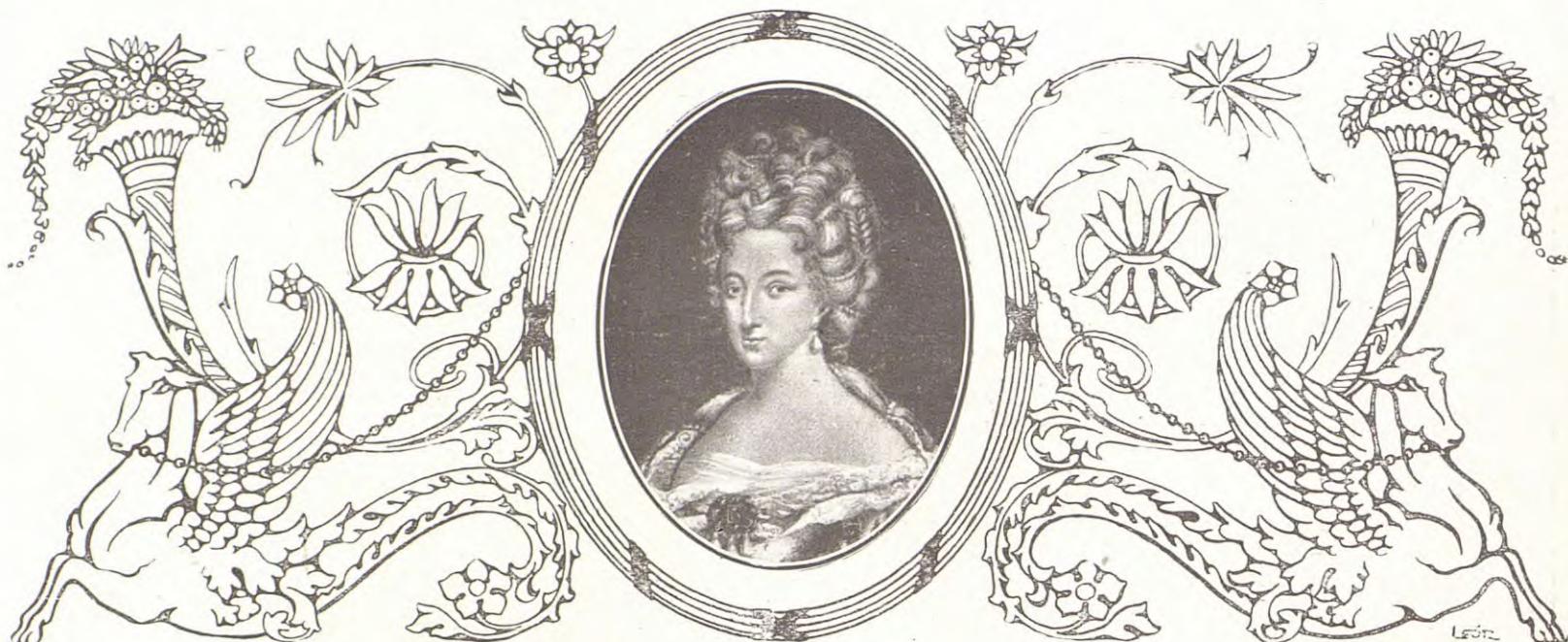
y hasta por su existencia. La ciudad-relicario, dorada y ennoblecida por los siglos, podía correr la misma suerte que otras bellas ciudades de Francia y Bélgica. Pero, no. Casi ante sus puertas están detenidos los invasores, y Venecia puede contemplarse aún, serenamente, en el espejo de sus canales.

EL SANTO SEPULCRO



El abandono de Jerusalén por los turcos y su ocupación por las tropas inglesas que manda el general Sir Edmund Allenby, ha dado lugar, como podía esperarse, á muchos y encendidos comentarios. Telegramas de procedencia inglesa han afirmado que los turcos, antes de abandonar la Ciudad Santa obligados por la presión de las fuerzas británicas, se llevaron todos los ornamentos sagrados que existían en la entrada del Santo Sepulcro. Estas noticias han sido discutidas por el bando contrario, alegando, para probar su inexactitud, que los turcos han respetado tradicional-

mente los Santos Lugares, y qué la posesión de Jerusalén por Inglaterra no puede ser definitiva, porque está sujeta á las contingencias de la guerra y más seguramente á las gestiones diplomáticas, llegado el momento de la paz. De cualquier modo, resulta interesante la publicación de esta plana, ya que Jerusalén tiene una gran actualidad y su nombre corre por todos los pueblos de la tierra y es pronunciado reverentemente por todos los labios cristianos. Por lo pronto, Inglaterra ha arrancado la Ciudad Santa de un poder secular.



Doña María Ana de Neuburg

MOMENTOS HISTÓRICOS

EL PAÑO DE BROCAD

DOÑA María Ana de Neuburg, que fué esposa del lamentable Carlos II, postrero monarca de la casa de Austria, tomó por obra y gracia de la intriga tanta ley á nuestra nación, que no quiso apartarse della, y aquí vivió y murió, apegada á los recuerdos de su pasada grandeza.

En los treinta y nueve años de su viudez, bogó como bien pudo en las revueltas políticas, y no dejó de hacer cuanto vió de su parte por que la dinastía austriaca tornara á ocupar el trono de San Fernando, aunque no se mostró muy francamente hasta que vió ocupada la ciudad de Toledo por las tropas del archiduque intruso, y entonces fué cuando Felipe V, para cortar compromisos de allí adelante, mandó al duque de Osuna que la pusiese en la frontera francesa.

Fijó su residencia en Bayona, el año de 1706, donde permaneció hasta que, por influjo de su sobrina, la reina Isabel de Farnesio, tornó á España.

Recibida fué por la Corte con toda la pompa que su rango requería, celebrándose la recepción en la ciudad doctora de Alcalá de Henares, y hubo por tres días consecutivos notables fiestas y agasajos, que desta manera quería borrar el primer Borbón aquella deslealtad de la reina viuda.

Pasados estos regocijos, trasladóse Doña María á Guadalajara, y allí, á 16 días del mes de Julio de 1740, acabó la fecunda jornada de su vida, para bien y descanso de la nueva dinastía.

Tanto ésta como la patria hispana, tenían bien poco que agradecer al recuerdo de la difunta; mas, á pesar de ello, dispusose como era de rigor la ceremonia de sus exequias.

Mandó el rey que fuese trasladado el cadáver al monasterio de El Escorial, y colocado en el panteón de Infantes, en lugar donde yacían las reinas finadas sin haber dejado sucesión.

El día 17 púsose en marcha la comitiva desde la vieja ciudad alcarreña, y cuentan que era notable la pompa del entierro, al que asistió lo más insignie de la grandeza hispana.

Hacía lúgubre y notable efecto ver en la quietud y tiniebla de la noche iluminados los caminos por la amarillenta luz de los cirios, y escuchar los cantos funerales que daban el postrero honor al cuerpo sin vida.

A bien que si desde alguna estrella pudiéralo presenciar el alma de Su Majestad, no quedaría descontenta de la despedida que le hacía el mundo...

El día 25 llegó á El Escorial la fúnebre comitiva.

Como es uso y costumbre, salieron los frailes en procesión hasta el pórtico principal.

Así de que llegó la litera delante de la puerta,

y entregada que fué la orden del Rey, tomóla el prior y la pasó á su secretario, quien la leyó en alta voz.

Según la fórmula ritual desde el enterramiento de Felipe IV, decía así:

«El Rey.—Venerables y devotos prior y religiosos del monasterio de San Lorenzo el Real:

«Habiéndose Dios servido de llevarse para sí á la señora Doña María Ana de Neuburg, viuda de Su Majestad el Rey Don Carlos II de Austria (Q. S. G. H.) el 16 del corriente, he mandado que el duque de Liria, gentilhombre de mi cámara, vaya acompañando y os entregue el real cuerpo difunto. Y así os encargo y ordeno le recibáis y coloquéis en el lugar que se tiene señalado en panteón de infantes á las reinas que mueren sin descendencia.

«De Madrid á 17 de Julio de 1740.—Yo el Rey.—Al prior de San Lorenzo de El Escorial.»

Acabada que fué la lectura, adelantóse el prior con la comunidad para hacerse cargo del cadáver; pero entonces, joh, poder innoble de la humana codicia!, aconteció un hecho inaudito y vergonzoso: y fué que los lacayos del cortejo asieron del paño de brocado que cubría el féretro y se alzaron con él.

Desde tiempo inmemorial era costumbre que en los entierros de personas reales viniese el ataúd envuelto desta suerte, el cual paño no se quitaba hasta el tiempo de colocar el cuerpo en el pudriadero.

El protocolo palaciego concedía la posesión de la rica tela á los servidores que venían custodiando el féretro, y, por otra parte, la comunidad del monasterio estimábbase con derecho á guardarla en la sacristía para hacer ornamentos.

Hasta entonces parece que los frailes habían andado más listos, y siempre habían quedado con la reliquia por cortedad de los lacayos; pero esta vez traían ellos concertado desde Madrid no dejarse ganar por la mano, y así miraron cada uno con cien ojos, como Argos...

De que vieron tal desmán sus paternidades, así como ponían sus preces en el cielo para el eterno descanso del alma, pusieron sus denuestos y protestas contra los manilargos criados, y aun por entero olvidáronse también de su ministerio, como era el pedir reconocimiento de la muerta. Tanto podía en ellos el verse en peligro de quedarse sin aquella merced, y así tenían empañados la conciencia y los sentidos.

El venerable prior, que era Fr. Juan de la Lerena, quiso detener á los adelantados, é interpeló de esta suerte al mayordomo duque de Liria:

—Excelentísimo señor: ¿Me dirá Vuecelencia qué desmán es éste? ¿Cómo consiente esta falta de respeto con el real cadáver? Tenga Vuecelencia entendido que ántes consentiré en negarme que se le dé sepultura, que permitir que entre en la iglesia sin la decencia que le corresponde y como se tuvo por costumbre con cuantos cuerpos yacen en el panteón...

Los dichos lacayos, como si no fuera nada con ellos, continuaron doblando la codiciada tela, y si alguien afectó á la comunidad se determinó á llegarse, supieron despedirle de no muy corteses maneras, diciéndoles que ya ellos sabían muy bien lo que se hacían, y que sobre los tales nadie tenía jurisdicción, como no fuera el señor mayordomo.

El duque, por su parte, tampoco mostró mucho interés en castigar la osadía, y ante las palabras del ministro del Señor limitóse á encogerse de hombros y á decir, por toda disculpa, que á la poste qué podía esperarse de gente baja y sin ningún discernimiento.

El prior, que tal oyera, descompuso más, y los frailes no le iban á la zaga.

El duque, que se vió tratar de mala manera por cosa á que él no daba importancia alguna, tampoco tuvo ociosa la lengua, y dijo muy grandes denuestos, no muy á propósito para ser escuchados por gente eclesiástica. Hicieronle coro palriegos y soldados, y todo llevaba camino de que se moviera otra zalagara como aquella famosa que dió lugar á la fundación del monasterio.

Al fin, como no había sino dar tierra al cadáver, todo paró en que los padres, rezando más para dentro que para fuera, cumplieron la piadosa obra de misericordia para que fueron puestos en aquel santo lugar...

Los palriegos tornaron á Madrid comentando el incidente á su favor, y los religiosos quedaron echando la piedra en su rollo, y diz que fué tan grande la sofoquina que produjo el lance al venerable Fr. Juan de Lerena, que de resultas falleció de allí á poco.

A partir de la época de este suceso, hasta que fueron enterrados el señor Don Carlos IV y su esposa la señora Doña María Luisa de Borbón, el 18 de Septiembre de 1819, dejábanse los codiciados paños en la sacristía, y daban los frailes 1.500 reales como gratificación á los lacayos; pero de allí adelante, hasta el entierro del monarca Don Fernando VII (y no sé si ahora seguirán la costumbre), apenas cantado el último responso, alzábanse con la tela sin esperarse á más...

DIEGO SAN JOSÉ

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



LA MUJERCITA

Cuadro de José María López Mezquita

El poeta
PAUL VERLAINE

ARTISTAS MODERNOS

FÉLIX VALLOTTON
(autorretrato)

FÉLIX VALLOTTON

El novelista
HONORÉ BALZAC

Félix Vallotton, como Grasset, como Steinlen, como Burnand, como Stengelin, es un suizo insertado en el arte francés. Y no sólo en el arte, sino en la nación, puesto que, desde los diez y siete años reside en Francia, y se naturalizó ciudadano francés.

Félix Vallotton nació en Lausana, el 25 de Diciembre de 1865. Su madre era francesa, y tal vez esto influyó en adelantar la inevitable y lógica fascinación de París sobre el futuro artista.

Vallotton marchó á París en 1882. Frecuentó como discípulo los estudios de dos pintores mediocres (Lefebvre y Boulanger) y la Academia Julian. A los veinte años —1885— expuso por primera vez, en el Salón de Artistas Franceses, un retrato de hombre. Era la cabeza de un viejo, vigorosamente prometedora del temperamento probo, concienzudo, del pintor. Embriadoras estaban en aquel retrato las cualidades que habían de caracterizar á Vallotton: la densidad del colorido, el honrado ahincamiento del dibujo, la exactitud implacable hasta el punto de que su pintura da, á primera vista, sensación de sequedad y de rudeza.

Nuevos retratos siguieron al del Salón de 1885, en los de 1886, 1887, la Universal de 1889 y la Deceñal de 1900. Entre los expuestos en las dos últimas figuraba el retrato del grabador Jasinsky, que hoy se conserva en el museo de Helsingfors.

Toda esta labor, de la que existen obras en los museos de Zurich y Lausana, pertenece á la primera época.

La segunda época es la de dibujante satírico y costumbrista, la del ilustrador de obras literarias, la del xilógrafo; acaso la más interesante y que el propio Vallotton la califica como aquella en la cual *mijotait dans son auge*.

Reaparece de nuevo el pintor con el lienzo *Le repos*, expuesto en el Salón de Independientes del año 1905. Dos ó tres años después había presentado en la Nacional otro cuadro menos importante, y exhibía en exposiciones particulares estudios de desnudo, de paisaje, de interiores.

Pero son *El reposo*, con su figura femenina acostada, y el *Desnudo de mujer*, que entró en el Luxemburgo el año 1914, los cuadros que señalan verdaderamente el retorno del pintor.

Desde entonces se destaca su nombre entre los de artistas que constituyen la vanguardia pictórica. Forma parte de los Independientes, del Salón de Otoño, de los grupos que monopolizan las galerías Durand Ruel, Vollard y Bernheim. Se le cita al lado de compañeros suyos harto diferentes: Bonnard, Roussel, Maurice Denis, Guérin, Matisse, Vuillard. Incluso este paradójico amor á Ingres de que alardean los modernos pintores franceses ó afrancesados nace del entusiasmo de Vallotton por el maestro de *La fuente* y de *La odalisca*, entusiasmo que en Vallotton no es una paradoja, sino influyente consecuencia

muchos débiles, los dilettantismos intrascendentes de los que fingían desdellar asuntos, composición y euritmia lineal.

A este propósito dice Gustavo Cocquiot en *Cubistas, Futuristas y Passeistes*: «Su talento se apasionó de la forma; está inscrito en esos volúmenes plenos, en las masas sabrosamente equilibradas del cuerpo humano. Este pintor no quiere seducirnos de otro modo; desprecia el artificio y la astucia; más aún: ignora los medios que utilizan tantos de sus compañeros. Sus desnudos son de un severo modelado, donde la sensualidad se oculta y no se entrega sino después de una larga meditación.» Y Michel Puy, en *Le Carnet des Artistes*, hace resaltar la solidez de Vallotton rodeada de adjencias imprecisiones:

«Atiende —dice— á lo que es permanente antes que á lo pasajero, á la inflexión de las líneas antes que al hormigueo de los tonos. En un momento en que todos se aplican á retener lo que hay de fugitivo en la apariencia, ha querido mantener los derechos de la construcción. Ve los objetos netamente y subraya los rasgos que le dan su carácter particular.»

Pero este esfuerzo noble, fecundo, brotado de una sólida educación estética, queda ahogado en la confusión vocinglera de las modernísimas tendencias. No es suficiente la firmeza del dibujo, el concienzudo sentido de la realidad que tienen sus cuadros para destacarle con una perfección absoluta. Si por encima de los «ismos» de última hora nos aquietá el espíritu y nos tranquiliza la mirada con un puro deleite contemplativo, no re

siste la competencia retrospectiva de otros pintores, propiamente, verdaderamente pintores. Es pobre de color y —lo que es más lamentable, dada su riqueza imaginativa como ilustrador editorial y como costumbrista— tímido de composición.

En cambio, ¡cómo acusa su personalidad con un brío agresivo, irrefutable en las xilogravías! Augusto Lepère en Francia, William Nicholson en Inglaterra y Adolfo de Carolis en Italia, logran también esta perfección técnica y esta riqueza imaginativa de Félix Vallotton en la recia y viril



"La bella tarde"

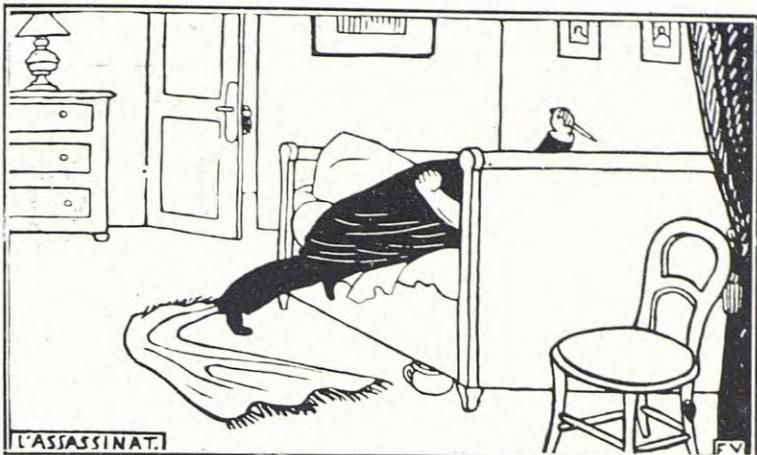


"Las niñas"



"El cuplé patriótico"

(Grabados en madera, de Félix Vallotton)



"El asesinato"



"La manifestación"

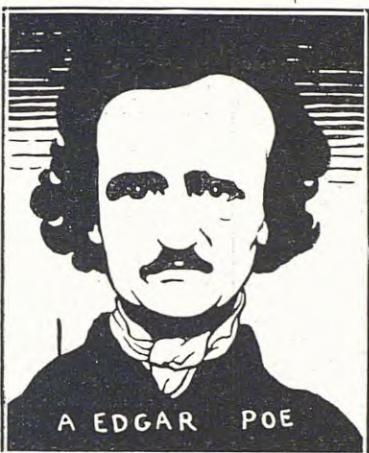
arte de grabar el boj. Augusto Lepère, aunque ha profundizado en la vasta y amarga obra de Maupassant, ilustrando varios de sus cuentos, es un idílico contemplador de la Naturaleza; ama los campos plácidamente acariciados de luz, las bucólicas escenas, las lejanías teras y los cielos tranquilos.

también el más sugeridor. Contempla los episodios y los hombres coetáneos suyos en una simultánea contemplación de su yo interior. Así tienen todos los dibujos de Félix Vallotton un acre sabor de realidad y una cóncava profundidad filosófica.

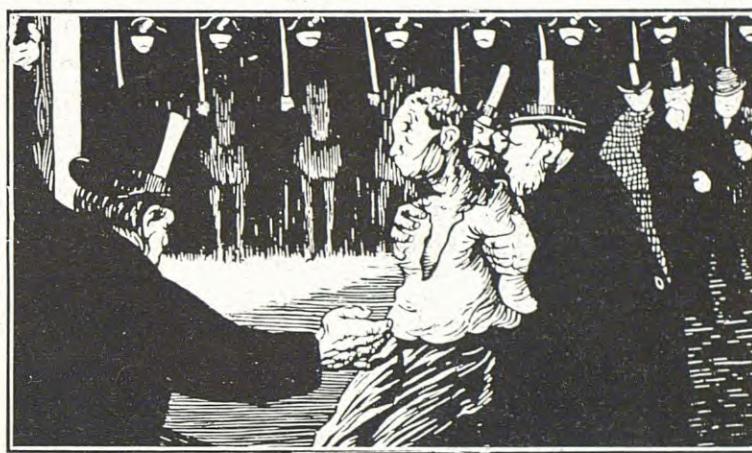
Al principio Vallotton buscó en las caricatu-

ras tan interesante, tan demostrativa principalmente de una energética técnica y de una potencialidad intelectual extraordinarias; pero no es solamente aquí donde debemos buscar á Félix Vallotton.

Es en sus escenas callejeras de *La manifestación*, *La lluvia*, *El huracán*; en sus escenas humorísticas de los grandes almacenes, de los



"Edgardo Poe"



"La ejecución"



"Schumann"

William Nicholson—de quien preparamos una próxima información—es más extático, más objetivo en una altivez lineal, que oculta á veces su sensibilidad. Ha ido retratando los personajes de la vida real y de las ficciones con una calma británica.

Adolfo de Carolis, uno de los primeros artistas cuya obra se comentó en LA ESFERA, es sumtuosamente idealista. Un gran decorador de fantasías armoniosas y gallardas. Digno de ser realmente, como es, el ilustrador de las obras de Gabriel D'Annunzio.

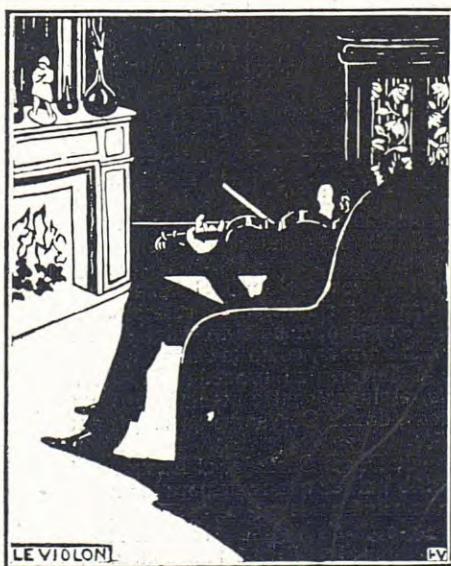
Pero Félix Vallotton, siendo de los cuatro el más ingenuo de procedimiento, es

ras, en las ilustraciones editoriales un medio de ganarse la vida. Colaboraba en *Le Rire*, daba á los «retratos simbolistas» de Remy de Gourmont en sus dos *Libros de las máscaras* una acentuación sobria y maciza; entraba en la selva misteriosa e inquietante de Edgardo Poe, con su burlón experto ya en los crudos contrastes de esta labor

teatros y de los cafés conciertos; en sus dramáticas composiciones *El asesinato*, *La ejecución*, *El mal paso*, y es, sobre todo, en esa serie de músicos que, en la calma propicia de sus interiores, acunan su espíritu con los acordes graves del violoncello, la sensual melancolía del violín, los románticos lamentos de la flauta ó la polifonía majestuosa, envolvente, como las ondas de un mar adormecido bajo la noche, del armonio.

En ella se refugia contra la invasión trágica ó grotesca, arrolladora ó despectiva que significan las otras series de grabados.

SILVIO LAGO



"El violin"

"El mal paso"
(Grabados en madera, originales de Félix Vallotton)

"El violoncello"

EL ARBOL UNIVERSITARIO

(Para la Guía espiritual de Salamanca)



HAY en el blasón de la ciudad un puente, un toro y un árbol.

El puente, es el puente romano que lleva veinte siglos de existencia, sin que los vándalos lo hayan destruido. Tenía unas almenas y un castillo que lo embellecían. Con eso sí se atrevieron los vándalos del Arte, y lo quitaron.

El toro, es un toro de piedra, del que queda un resto informe en el convento de San Esteban. Piedra simbólica y legendaria, ídolo de romanos ó fenicios, ya que no está en el puente, donde estaba cuando *Lazarillo de Tormes* dió con su cabeza en ella, debía estar en el Concejo. Y los alcaldes de la ciudad, puestas las manos en la piedra milenaria, jurarían, al tomar posesión de su cargo, defender y conservar los fueros, tradiciones, y hasta las piedras que tuvieran el color dorado del Arte ó la pátina espiritual de la Historia.

Pero hay también en el escudo heráldico de la ciudad un árbol.

Ya no es un puente, obra de romanos, ni una piedra informe resto de cultura prehistórica. Es algo viviente Y yo creo que ese árbol del blasón, alma del blasón mismo, es el símbolo del alma máter de Salamanca, es la Universidad.

Ha dicho Quadrado, el historiador forastero que ha escrito con más cariño de Salamanca, que la Universidad «absorbió la fecundidad del suelo» á la ciudad. Es cierto. La Universidad es el árbol que resume en sí toda la vida histórica de Salamanca, desde su repoblación.

Y yo me imagino que el árbol del escudo de armas de la ciudad es ese cedro gigantesco que, por suerte, se conserva solo, inmortal, en el patio universitario. ¿Qué importa que los eruditos del blasón disputen si era una encina ó un alcornocal, el árbol que pintan en el escudo los pintores? Los encinares de la tierra charra, ¿qué tienen que ver con la planta universitaria de la ciudad del Tormes?

«... de buen aire y de fermosas salidas» había de ser la ciudad donde se estableciese el Estu-

dio—dice el *Libro de las Partidas*—, «porque los maestros que muestran los saberes, e los escolares que los aprenden, vivan sanos en él, e puedan folgar e rescebir placer en la tarde, cuando se levantan cansados del estudio...»

Es de cultivar una planta de lo que se trata. Buen aire, buena tierra, es lo primero que se necesita. Despues cultura, labor de estudio y riego de poesía, que es verdor, lozanía, para que no se seque la planta por falta de jugo, por sequedad, por aridez científica, prosaica.

Así creció el árbol universitario, llegando á tal frondosidad, que se llegó á decir popularmente que en Salamanca «anidaban toda casta de pájaros»: *golondrinos* (los colegiales dominicos), *pardales* (los franciscanos), *cigüeños* (los mercenarios), *grullos* (los bernardos), *tordos* (los jerónimos), *palomas* (los mostenses), *verderones* (los de San Pelayo)..., sobrenombres de volatería relacionados con el color del hábito

que vestían los colegiales.

«Albergues de Mínerva», «criaderos de varones ilustres», así se llamaban también los colegios, los nidos cobijados en el árbol de la Universidad.

Un autor francés, Reynier, que ha escrito una obra muy interesante sobre la antigua vida universitaria española, termina así su libro, refiriéndose á la decadencia de la Universidad de Salamanca: «... la primera Escuela de España se dormía dulcemente, en el silencio de su claustro deserto, entre estos muros dorados que parecen todavía iluminados con los reflejos de la antigua gloria, á la sombra del viejo laurel, que en otro tiempo había sido su emblema.»

Pero el árbol universitario no es un laurel emblema de la gloria pasada: es un cedro, símbolo de la sabiduría permanente. «Me empiné como cedro en el Líbano»—dice el *Libro de la Sabiduría*. Y el saber no está vinculado en un siglo, ni en una raza, ni en una región.

El árbol representa muy bien el pasado, en sus raíces, ahondadas en el suelo; el presente, en sus ramas bañadas de luz y de aire ambiente, y el futuro, en sus brotes y renuevos, que muestran «en esperanza el fruto cierto».

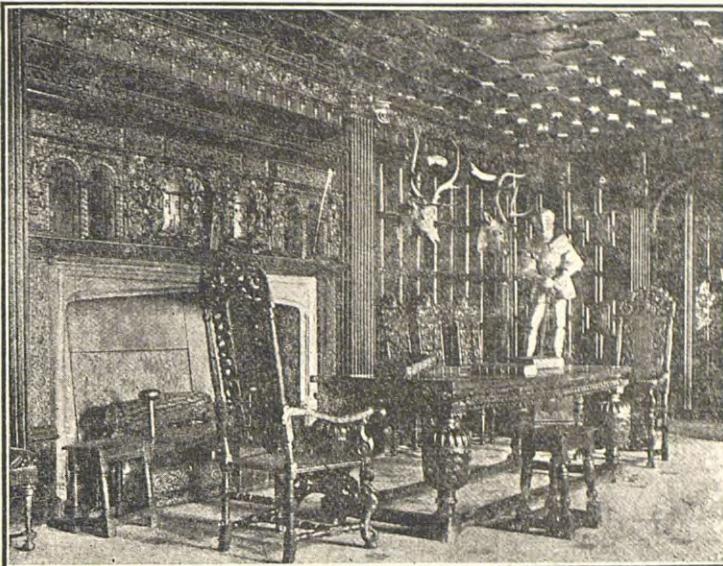
El árbol universitario de Salamanca tiene, además, una historia literaria, relacionada con la novela picaresca, como el toro del puente con *Lazarillo de Tormes*, como la *Peña Celestina*; el árbol de la Universidad procede de la tierra de *Mollorido*, el lugar «entre Medina del Campo y Salamanca», donde Cervantes quiso que naciera *Cortadillo*.

Paisano de Diego Cortado, el Bueno, el árbol universitario parece que rememora las andanzas de aquellos estudiantes «caballeros de la Tuna», personajes de *La tía fingida* y hasta *Licenciados Vidriera*, que á lo mejor se lanzaban á «poner una pica en Flandes».

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

HENRY CARPENTER

2, Hanover Square,
LONDON, W.



*Especialista en decoraciones y muebles
Buena colección diversa de antigüedades
Aparatos eléctricos en cristal inglés antiguo*

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid y provincias.....	Un año	30 pesetas
	Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	Un año	50 >
	Seis meses.....	30 >
Portugal.....	Un año	35 >
	Seis meses.....	20 >

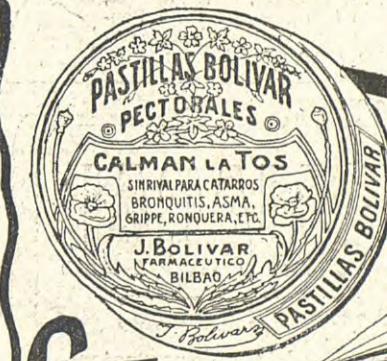
FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

IMPOTENCIA

curada infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"
12,35 pts. la caja. 33 p's. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, 111, r. Turenne París.

PASTILLAS

BOLIVAR



CATARROS, ASMA, TOS

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.—Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el dia 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.—Salido de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo á New-York; puertos Cantábrico á New-York y la Línea de Barcelona á Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.—También se admite carga y se expedien pasajes para todo puerto del mundo, servidos por líneas regulares.

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: Catarros, Tos rebelde, Grippe, etc

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"



PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-SIANAS**, Doctor Brun, ¡25 años de éxito mundial es el mejor reclamo!, 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, Martín Durán, Barcelona, Alsina, Segala, V. Ferrer, HABANA, Sarrá, CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita», TRINIDAD, Bastida, PANAMA, «Farmacia Central», CARACAS, Daibon, SANTO DOMINGO, Fiallo, QUITO, Ortiz, MANAGUA, Guerrero, GUATEMALA, Sierra, Zaragoza, Jordán, Valencia, Cuesta, Granada, Ocaña, San Sebastián, Tornero, Murcia, Seiquer, Vigo, Sádaba, Valladolid, Llano, Jerez, González, Santander, Sotorro, Sevilla, Espinar, Bilbao, Barandiarán, Las Palmas, Lleó, Mallorca, «Centro Farmacéutico», Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de imitaciones.



ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO E INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



De venta en todas las farmacias y droguerías.



Fórmula:
Menthol: 0.002
Eucalyptol: 0.005
Azúcar: 0.005

